

CRISTIANDAD

Año XXXII-NÚMEROS 546-547

B A R C E L O N A

AGOSTO - SEPTIEMBRE 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



S U M A R I O

- «SENTIR CON LA IGLESIA» *Paulo VI*
LA MALA CONCIENCIA DEL LIBERALISMO *José M. Petit Sullá*
DOS SOCIEDADES, UN NAUFRAGIO *Jean Marie Mathieu*
¡¡ESTO DE LA «ERA CONSTANTINIANA»!! *Luis Creus Vidal*
ANDRES HOFER, CAUDILLO CRISTIANO DEL TIROL *J. J. Echave-Sustaeta del Villar*
EL PROBLEMA DE M. LEFEBVRE *Marcel Clement*
MAS SOBRE «SENTIR CON LA IGLESIA» *Roberto Cayuela, S.I.*
ENTRE EL ABETS DE LA VERNA *B. Guasp, Pbro.*
EL 11 DE SETIEMBRE DE 1714
Carta abierta a Santiago Udina
Francisco Canals Vidal
LA CLAUSURA Y LA «APERTURA» *Ramón Gelpí Sabater*

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.^o - (10)
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

EL ANGELUS DEL PAPA EL 15 DE AGOSTO

“Sentir con la iglesia”

Hermanos e hijos queridísimos:

Pedimos hoy vuestra oración para unirla a la nuestra por la concordia, la unión y la paz en el interior de nuestra Santa Iglesia, a fin de que sea siempre fiel al supremo deseo de Cristo que la quiere UNA Y CATÓLICA al mismo tiempo, como una comunión universal de seguidores vivientes en la misma fe y en la misma caridad.

Este momento de oración con nosotros y con cuantos escuchan nuestra consciente, firme y filial adhesión a esta nuestra Iglesia bendita, turbada ahora como está con varios episodios de lacerante discernimiento, que tienden a sustraer, dirigentes y dirigidos a la verdadera solidaridad eclesial y a fin de empujarla por la fugitiva tangente de opiniones propias, dispersivas, adversa de la íntegra, auténtica y unívoca familia de Cristo.

Uno de estos episodios —y ahora el más grave, que es inútil ocultarlo— es el ya conocido de un Hermano en el Episcopado, por nos siempre estimado y venerado, el cual ha cometido voluntariamente, no obstante las exhortaciones contrarias, una muy relevante infracción a una ley de la Iglesia, incurriendo en la suspensión prescrita por el Código de Derecho Canónico, sobre el ejercicio de la facultad sacerdotal. Esto no obstante corre la noticia de que este Hermano con actitud de desafío a estas Llaves puestas por Cristo en nuestras manos, quiere arrogarse la celebración de actos de culto y de ministerio, sin previa, debida reconciliación. Estamos muy doloridos, y lo estaréis ciertamente vosotros. Pongamos juntos este caso desgraciado en el corazón de nuestra plegaria, con humildad y esperanza.

Y la ocasión es muy propicia para repetiros a vosotros, hijos buenos y sensibles a la amargura que aflige a la Santa Iglesia, cuán necesario es revigorizar nuestro genuino «sentido de la Iglesia» sin dejarnos deprimir por los ejemplos demasiado frecuentes en la Iglesia de Dios, de incorrectas actitudes con respecto a la Ley. Es preciso que nuestro amor a la Iglesia se acreciente en la línea en que Cristo la ha amado, hasta el sacrificio por Ella, o sea, a serle fiel con profunda conciencia de lo que Ella es en el designio divina y con generosa y coherente fortaleza en el tumulto de la vida humana.

Con María, donde está María allí está Jesús, allí está la Iglesia.

LA MALA CONCIENCIA DEL LIBERALISMO

José M.^a PETIT SULLÁ

¿Qué es el liberalismo en política?

La política no puede desentenderse de los principios universales que la fe revela o ilumina. La política debe estar, como toda acción humana, sometida a las verdades que la trascienden. Aunque su ámbito de actuación sea el orden natural se derivan graves distorsiones en los planteamientos políticos, ideológicos y prácticos, si quienes los toman se cierran positivamente a la luz de la fe. En efecto, la fe no es sólo conocimiento que Dios concede al hombre para elevarle a un plano superior de conocimiento en orden a su fin sobrenatural, sino también curación de las desviaciones intelectuales de tipo natural en que el hombre fácilmente se esclaviza por efecto del pecado original. En el plano político el positivo rechazo de esta dimensión religiosa es exactamente lo que entendemos clásicamente, según un término doctrinal e históricamente divulgado, por liberalismo, es decir, desde la perspectiva de la fe, el naturalismo ejercido en el ámbito político.

El hombre es de tal manera una unidad substancial que no puede negar positivamente —recalco el adverbio— la ordenación de su ser hacia lo trascendente que le envuelve y le intimia desde dentro, sin que se conmueva y se deteriore toda su integridad. Esta observación antropológica, aplicada a la política, hace que el liberalismo, que no lo citamos aquí como partido político concreto sino más bien como actitud política general, se halla en perpetua contradicción consigo mismo y el político liberal muestra reiteradamente, en una confusión que nace de su más íntimo ser, una constante falta de sentido común político. Las consecuencias últimas de esta desintegración han puesto a este naturalismo político a las puertas del sistema más antinatural que la humanidad ha padecido: el comunismo.

El terreno político que aquí queremos juzgar requiere una mirada atenta del sentido y resultados de las políticas liberales. Como quiera que por liberalismo se entienda hoy una política «conservadora», habrá que moverse en un plano suscitado por las enseñanzas pontificias y por la luz que sobre los hechos históricos ellas proyectan, para caracterizar, con radicalidad, el verdadero sentido del liberalismo.

Su desviación originaria

El liberalismo tiene una mala conciencia originaria. Habiéndose gestado históricamente con radical oposición a lo que llamaba, en el plano teórico, el «oscurantismo» de la fe y, en el plano práctico, la «tenebrosa reacción», el liberalismo se ha formado una mala conciencia, es decir, ha mostrado en su origen aparecer como lo que no

es. Dicho más en concreto, el liberalismo cuya patente de circulación es la proclamación indiscriminada del derecho a cualquier opción política, lleva en su seno, doctrinal e históricamente considerado, un izquierdismo consubstancial. En la misma medida en que ha nacido como rechazo de la política cristiana ha elegido ya de antemano. Y esta elección no ha tomado nunca, de manera constante, la configuración de un determinado programa político definido, sino una tendencia irresistible y progresiva por actitudes izquierdistas.

El liberalismo, filosóficamente considerado, no «se abre» a la pluralidad sino que «se cierra» a la unidad. Su actitud no es liberal en sentido de magnanimitad o liberalidad, ni siquiera de condescendencia o conciliación, sino que es negación y exclusión.

Es obvio constatar, por de pronto, que una ideología política no puede consistir en el pluralismo ideológico, puesto que se trata de una contradicción *in terminis*. Ciento que esta doctrina, en lo económico, por ejemplo, se caracterizaba por su famoso «*laissez faire*», pero este dejar hacer se refería únicamente al libre desarrollo de un modo de entender la economía que previamente hubiera arruinado todo el antiguo sistema de producción y de comercio. Lo característico del liberalismo económico, terreno donde se supone que esta doctrina ha cosechado más éxitos, es mucho más que el «*laissez faire*», la transformación de la sociedad con un auténtico «espíritu» político-religioso tanto como social y económico.

El liberalismo, se dice, ha hecho a Europa, pero se olvida mencionar que el liberalismo en tanto que generador de los nacionalismos, ha deshecho precisamente la unidad política y cultural de Europa.

El laicismo

En un liberalismo doctrinalmente puro, sin interferencias de costumbres arraigadas, las posiciones políticas son «opciones» que deben quedar al arbitrio único de la razón, o, mejor aún, de la misma libertad humana. Tales «opciones» no tienen otro fundamento que la propia elección, de tal manera que discutir el contenido o la legitimidad de una tal opción se presenta como una actitud política típicamente reaccionaria. Se «elige» ser socialista, por ejemplo, y esta opción no tiene por qué someterse a ningún criterio de orden superior.

El liberalismo ha introducido el laicismo en la sociedad, siendo ésta su aportación más característica a la política moderna. Todos los demás conceptos liberales pueden estar sujetos a revisión y, de hecho, con mal disimulado regocijo, los liberales actuales están, por ejemplo, dispuestos a mostrarse más socialistas.

El liberalismo tiene, como se ha dicho, una mala conciencia originaria y no consigue desembarazarse de ella. Por esta razón, el supuesto pluralismo ideológico acaba siendo siempre, en la actualidad, colaboración directa o indirecta pero valiosísima para el socialismo y para el comunismo, lo cual representa la más grande contradicción que es capaz de digerir la hipocresía del liberalismo.

El antifascismo como filocomunismo

El filocomunismo del actual izquierdismo liberal toma la forma hipócrita de «antifascismo». Es hipócrita porque si el liberalismo atacara del fascismo lo que éste tiene de totalitario, con mayor razón

el liberalismo debería ser anticomunista. Este extraño fenómeno de colaboración activa y pasiva que el liberalismo hace con el comunismo no tiene explicación en los términos en que el liberalismo se presenta. Todo el mundo sabe que el comunismo es la total negación de toda libertad y de todo pluralismo. Es de suponer que lo saben también los liberales. La razón de su simpatía por este totalitarismo estriba únicamente en que el liberalismo es, como se ha dicho antes, izquierdismo substancial y por ello se complace en su más íntimo ser, aunque le duela en la superficie, a veces, con un sistema que lleva hasta sus últimas consecuencias los principios de los que él se alimenta, esto es, las tres oposiciones que definen al liberalismo frente al orden político cristiano.

La triple suplantación liberal

El comunismo, juzgado bajo un aspecto filosófico-teológico, no sólo no está en oposición con las fuentes originarias del liberalismo, sino que, por el contrario, lleva hasta el paroxismo la triple suplantación que se incoaba en el liberalismo y le daba forma: el hombre suplanta a Dios, la dinámica histórica suplanta a la naturaleza esencial de los hombres y de las cosas y, finalmente, la multitud suplanta al individuo. Este último aspecto que representa la culminación de la praxis política marxista, parece contrario al espíritu liberal, que se supone «individualista». Sin embargo, la invocación a la multitud es el punto de partida del sufragio universal tal como lo preconiza el liberalismo. Más aún, la filosofía liberal siempre ha potenciado el gigantismo y la unificación. El liberalismo quitó los fueros y despreció las peculiaridades regionales y comarcales en beneficio de la «nación», a la vez que arruinaba la economía basada en relaciones personales en beneficio de las grandes compañías «anónimas». Todas las «transformaciones» sociales, políticas o económicas del liberalismo han sido absorbentes. Hay bastante ironía en calificar de «innovación» la actual tendencia de los liberales hacia el socialismo.

La prensa liberal

El liberalismo, en cualquiera de sus grados, no existiría sin la poderosa arma de la prensa liberal que alimenta día a día la sustitución de los fines trascendentales y naturales del hombre por otros inmanentes e incluso antinaturales. El liberalismo, como filosofía política, se sostiene exclusivamente por la acción de la propaganda política. El enraizamiento popular de sus ideas es tan superficial que se dejarían de tener los criterios liberales, hoy tan divulgados, de la misma manera que se deja de comprar un producto de consumo, que la propaganda había presentado como indispensable e inmejorable, cuando cesa ésta. A esta machacona propaganda, verdadero agobio y asfixia de la libertad individual, creadora de «criterios» uniformes, le llama el liberalismo «derecho a la información». Pero, si se lee con detenimiento la prensa liberal, que es toda la gran prensa, en todos los países de Occidente, se verá cuán poca información ofrece y que, en realidad, se limita a proclamar por todos los medios la necesidad de tener ideas políticas de acuerdo con el «devenir» de los tiempos, que es siempre el supremo argumento.

Cuando alguien, como Solzenytsin, ha denunciado por diversos

países occidentales el terror del régimen soviético, la prensa liberal ha calificado de «reaccionaria» lo que era una fiel información sobre un mundo que, gracias a esta prensa, nos es tan desconocido. No hablamos aquí de otra prensa, de modo especial en España, que ha llegado a lamentar que este delator inconveniente, el escritor ruso, no permanezca en sus campos de concentración. La lección de Solzenytsin no se ha movido sólo en el plano de la defensa del orden natural y de la libertad frente al esclavismo soviético, sino que, por encima de todo, ha explicado que el rechazo de la presencia de Dios sobre la tierra conduce necesariamente a la barbarie más horrorosa. Por ello ha mostrado el entronque común materialista de la filosofía política que desde hace cuatro siglos está invadiendo Occidente con el espíritu totalitario de la política comunista.

Esta extraña simpatía del liberalismo por el comunismo no encuentra justificación más que desde la perspectiva de la triple suplantación que anima a la filosofía liberal. Quien invocó la «razón» frente y contra la fe en el siglo de la Ilustración y quien gratuitamente creó la imagen del «devenir histórico» frente y por encima de la consistencia de las ideas verdaderas, en la época posterior del positivismo, y quien realizó las concentraciones socioeconómicas y las dependencias absolutas de unos poquísimos centros de poder, se siente inclinado a mirar a la bestia gigante del comunismo como la expresión consciente y radical de la mala conciencia que le anima.

El gigantismo favorece al comunismo

El liberalismo abre paso al comunismo, por grados, en la medida en que destruye aquella relación entre los principios cristianos o de derecho natural y la praxis política. En una sociedad en la que ya son una realidad impuesta los logros liberales, tales como la escuela laica y estatal, el sistema permisivo y aún fomentador de toda inmoralidad, el desarraigo cultural social y económico de los hombres de sus propias tierras, la desaparición de toda forma autónoma y peculiar de vida, y, en fin, la imposibilidad material de sustraerse a las formas de vida que ha creado, todos ellos son factores determinantes de la facilidad con que el comunismo puede hacer su propia revolución. Frente al comunismo no representa ningún obstáculo serio el actual centralismo estatal como, por desviación de los rectos principios naturales, pueden creer alguna especie de «derechistas». Por el contrario, este centralismo, con todos los controles y las inspecciones, son una presa fácil para la táctica comunista. Pero el centralismo, contra el que ahora todo el mundo clama, es el primer logro del triunfo de la revolución liberal.

Incongruencia del espíritu liberal

Comprometido en una actitud ciegamente «innovadora» y siempre muy alerta de aplastar toda posible «reacción», el liberalismo hipoteca su propia consistencia y desvanece los límites de su programa.

Cuando el liberalismo ha relativizado todos los conceptos y los ha puesto al servicio y bajo la preeminencia de la dinámica histórica, le ha prestado al comunismo la mejor arma ideológica. La táctica de éste se limita simplemente a llamar «reaccionario» a cualquiera que titubee frente a las exigencias de su radicalismo político. El efecto es

siempre positivo para el comunismo, porque nada teme tanto quien ha hecho sus galones en la lucha contra la «reacción» como el ser acusado de reaccionario. La capacidad operativa de un tal adjetivo, o similares, no tiene límite práctico y puede abrazar cualquier cuestión. Así, en un reciente folleto —ciertamente panfletario— de los que ahora se divultan para la «información» política de los españoles se sugiere la pertenencia a lo que llaman «el Bunker» del Sr. Fraga Iribarne y del actual presidente de «Esquerra Democrática de Catalunya», el Sr. Trias Fargas.

El comunismo sabe muy bien la rentabilidad de tales deformaciones en lo que tienen de acicate para que el liberal no le abandone en su lucha «antifascista». Estos adjetivos peyorativos, que tienen visos de insulto para los interesados, sirven además como aviso para navegantes. De ahí proviene en parte la radical inauténticidad de todos los liberales, por cuanto que se ven «obligados» a tomar actitudes y a emitir juicios que ni siquiera sienten o piensan y que van más allá de su genuino liberalismo. En consecuencia, es muy difícil decir hoy, sobre todo en España, dónde está, o mejor dónde debería estar, cada partido, cada grupo o cada persona de alguna relevancia en la vida política.

Los países típicamente liberales

Del liberalismo, sin embargo, y pese a todo lo anterior, se tiene en general mejor concepto, por cuanto se aduce a veces como ejemplos característicos de la bondad de esta filosofía política aquellos países, especialmente anglosajones, donde este sistema es dominante y el comunismo tiene muy escasos partidarios con escasa influencia socio-política.

Hay que reconocer que puede haber buena intención en los que se colocan habitualmente en esta perspectiva y no lo hacen por mero oportunismo o táctica deformadora. Sin embargo, habría que distinguir en estos países aducidos una notoria diferencia entre su política interior y su política exterior, porque si bien en la primera la realidad ciudadana impone un respeto a las tradiciones seculares establecidas, y resulta por ello menos revolucionario, no sucede lo mismo en la política a escala mundial, donde tales países continúan una táctica de evidentes errores ya muy conocidos y sufridos de entrega sucesiva, de otros países, ¡claro está!, al esclavismo comunista. Piénsese en los recientes ejemplos de Vietnam y Angola, por ejemplo.

Política internacional liberal

La política internacional parece obedecer a las leyes de la ciencia ficción, por lo alejados que usualmente estamos de comprender las maniobras que se realizan. Pero da la impresión de que todo el izquierdismo que habita en el interior de los grandes países «capitalistas» vuelca su fuerza política forzando y controlando su política exterior. Una aproximación conceptual es posible que muestre, al menos, una perspectiva coherente. El liberalismo es absolutamente ciego para conocer las realidades nacionales de los países que carecen de «tradición» liberal. Allí donde el liberalismo no ve un criterio económico como supremo valor nacional, juzga instintiva y automáticamente que en aquel país domina una «ideología». A toda «ideología» le llama el

comunismo «fascismo». Se produce así, por efecto de las hondas corrientes que alimentan la filosofía liberal, una extraña afinidad entre el interés comunista por controlar aquel país y la desconfianza con que los países capitalistas miran lo que no es una «democracia». La ventaja política que este planteamiento confiere al comunismo es enorme y recuerda la vieja táctica staliniana de usar en el plano internacional dos epítetos diferentes indistintamente: «imperialista» y «fascista». En la última guerra mundial, la Unión Soviética podía acusar de fascista la Alemania de Hitler, pero, lo que es más notable, podía justificar su neutralidad y aún su pacto de no agresión con ésta con la fórmula igualmente marxista-leninista de «imperialismo» para las democracias. La consecuencia fue que la URSS no sólo ganó la guerra sino, lo que es más importante, ganó la postguerra, porque no hay que olvidar que los que perdieron la guerra carecían de colonias.

Treinta años después, aquella lección no ha sido aprendida y las democracias liberales parecen olvidar que aquellos regímenes que él mira con desconfianza por considerar contaminados de «fascismo» se levantarán presumiblemente contra ellos acusándoles de «capitalistas». Tal es, la desastrosa y filocomunista política exterior de los países liberales conservadores.

Felices inconsolaciones

En lo interior, sin embargo, y aunque corroídos paulatinamente en su sistema de valores, tales países liberales no sucumben de forma extremitosa a la tiranía comunista, y el juego electoral deja siempre a sus partidarios con márgenes mínimos o incluso despreciables. Acontece en estos países que la realidad nacional es de tal manera conforme a los intereses del liberalismo económico que los partidos mayoritarios conservan aquel «establishment», incluso con todos sus arcaísmos. El liberalismo muestra en estas naciones muy felices inconsolaciones, que no hay que tomar como efectos del liberalismo. Así, por ejemplo, el famoso «respeto al adversario», que hace viable, y aún folklórica la «lucha» de los partidos por el poder, no es más que un eufemismo del escaso interés porque se commuevan los cimientos de un edificio político que, con larga o corta tradición, realiza el ideal comtiano de dominio de los banqueros. El carácter «sagrado» con que en estos países se mira a las instituciones políticas establecidas, sea la monarquía confesional protestante, sea la república «que Dios proteja», responde a la necesidad de mantener formas tradicionales en un sistema político enteramente materialista y fundamentado en la prioridad absoluta del poder económico. La realización práctica de un tal esquema de poder económico y de influencia social requiere necesariamente la permanencia de instituciones que lleguen de una manera directa a la comprensión y a los sentimientos del pueblo llano. Así como la hipocresía, se dice con gracia y con acierto es el tributo que el vicio rinde a la virtud, sobrentiéndase, «para poder seguir siendo vicio» así el liberalismo hace concesiones tradicionales a la realidad de la naturaleza humana.

El liberalismo político de los países anglosajones es más un arte que una ciencia. El arte consiste en no aplicar todas las consecuencias que se derivan de los principios liberales. Influido por esta perspectiva de la peculiar forma de vivir el liberalismo en estos países, y confun-

diendo lo peculiar con lo esencial, escribió Spengler, enjuiciando la decadencia de occidente, que los partidos políticos se caracterizaban por la posesión de un «programa» político, pero, y esto lo lamentaba, absolutamente vacíos de verdadera «vida». Su propia visión monista y vitalista chocaba tanto con la realidad que juzgaba que, a pesar de la sutileza de su observación, no alcanzó la verdadera filosofía de los partidos políticos nacidos bajo la filosofía liberal. La perspectiva de los países latinos es más rica para juzgar el verdadero alcance de los mismos. La falta de viabilidad del planteamiento liberal se ha mostrado históricamente con más caridad en países de tradición católica, donde el «programa» político se mostraba realmente como lo que era: un «credo» filosófico-religioso. De ahí que cayera la monarquía francesa y se convirtiera con Napoleón en el foco revolucionario europeo mientras se sostendía la liberal Inglaterra. De ahí que se sacudiera en guerras civiles continuadas, la católica España, por el hecho de entrar en ella las ideas liberales dominantes en la Europa «civilizada».

El problema de España

El problema de España, por ejemplo, y el ejemplo es intencionado, no consiste en que vivió el liberalismo más tarde, como suele decirse, sino que lo vivió en toda su intensidad. Lo que se enfrentaba en nuestra patria, en cada región, y en cada comarca, no era la lucha entre dos «programas» sino entre dos filosofías de la vida. Con el triunfo del liberalismo no se impuso una determinada forma de hacer sino una determinada forma de ser, lo que llevó a la desintegración de la propia comunidad, porque el liberalismo se planteó en su radical izquierdismo.

En España, la «oposición» no puede quedar compensada por «otra» oposición, porque esto solo es posible cuando se supone indiscutido e indiscutible el ser de la nación como tal. Este problema determina el problema español desde que el liberalismo hizo acto de presencia. Tanto el carlismo, como el anarquismo, en un diferente plano, representan la constatación de que en España no cuajó un Estado —sí sucesivos Gobiernos— al servicio de la nueva filosofía que trajo el liberalismo en otros países de Europa. Cuando se dice que nuestro país no vivió las revoluciones liberales que «modernizaron» otras naciones, habría que entender más bien que las vivió con dramática intensidad porque el liberalismo español fue, desde su origen, de una absoluta radicalidad: *«Muera Cristo — viva Luzbel — Muera Don Carlos — Viva Isabel»*. Como el liberalismo no solo deforma la naturaleza de las cosas sino que se incapacita para comprender los hechos históricos más notables, los liberales españoles son incapaces de creer en la vigencia actual de aquellos planteamientos que traumatizaron nuestra convivencia, no solo en el siglo pasado, sino en el presente. Es característico de esta mentalidad el atribuir únicamente al temperamento español lo que se podría ver mejor en el terreno de las ideas, o dicho de otro modo, es típico confundir la fogosidad de nuestra raza con su sinceridad y sagacidad.

El naturalismo como actitud antisobrenatural

La filosofía del liberalismo es su total naturalismo, de donde resulta lógicamente una cosmovisión, una totalidad conceptual y prá-

tica que alcanza todos los niveles y dimensiones de la vida humana, desde la educación de los adolescentes, pasando por su concepto del matrimonio, hasta la «utilidad» de los ancianos, por ejemplo. No hay tal programa político discutible, porque lo que ofrece el liberalismo no es la siempre opinable elección de los medios que conducen al bien del hombre sino más bien su mismo sentido del bien humano. La libertad humana, valor que Occidente debe a la fe cristiana, versa sobre la elección de los medios que conducen a la mayor potenciación de sus capacidades y de sus anhelos, terreno que está hoy en día mucho más coaccionado y cercenado de lo que la propaganda «libertaria» propugna. El hombre se esclaviza mientras cree que se libera, porque la libertad que pregoná es la exclusión de la luz y de la fuerza que provienen de su Creador. El hombre no puede ponerse más allá del bien y del mal para «elegir» por encima de ellos. A la presencia en la vida humana de una norma de conducta le llaman, sin ningún conocimiento de la cuestión, «maniqueísmo», que tantos puntos de contacto presenta con las formas libertarias, del liberalismo radical, de vivir. Da la casualidad de que cuando se pone el hombre por encima del bien y del mal siempre elige por el mal, que es llamado «bien» en esta filosofía, cumpliéndose, en ellos la maldición del profeta Isaías: ¡ay de los que llaman bien al mal y mal al bien!

La «derecha» liberal

Quienes ven en el liberalismo esta tendencia radical, izquierdosa o izquierdista por la que favorece, a la corta o a la larga, lo mismo que la ha de destruir, siendo sin embargo liberales de corazón, ponen su esperanza en una «derecha» liberal que mira hacia lo más conservador de los partidos políticos presentes en aquellas democracias anglosajonas. Viendo únicamente como un mal el deterioro socioeconómico que se produce de la actual avalancha socialista e incluso el peligro de una catástrofe, nacional o internacional, por un posible dominio comunista, toman una actitud híbrida ridícula e igualmente, bajo otro aspecto, errónea para sus mismos intereses. Por de pronto tienen que pagar su peculiar «derechismo» al precio de una mayor concesión al naturalismo más radical. La libertad sexual hasta la inmoralidad absoluta y la pornografía, la enseñanza progresivamente más laica, los programas económicos todavía más expansionistas a pretexto de bienestar material, son la obra predilecta del liberalismo «derechista». En muchos sentidos el orden que prometen a los electores, o el que realizzan sin haberlo anunciado —porque no todo es democrático en las democracias— consiste en poner en práctica lo que sus antagonistas no podrían hacer por temor a una reacción.

Como defensa del comunismo, esta actitud y este programa da también pésimos resultados. El comunismo, muy celoso de la «integridad» de su propia revolución no descuida el atacar sañudamente esta política, a la vez que se aprovecha de ella. La existencia de una tal especie de liberalismo, que por necesidades y restricciones de la gama de partidos políticos puede recibir votos en nada satisfechos con ella, es empleada por el comunismo para sostener en pie de guerra ideológica a todos sus partidarios: «el fascismo renace». El comunismo necesita vitalmente que el capitalismo pueda ser mostrado con una faz derechista, para que el desprecio y el malestar creado

por las estructuras liberales redunde en beneficio del «honrado» izquierdismo genuino. Es precisamente en este sentido que, por ejemplo, el Secretario del partido comunista español, Santiago Carrillo, ha dicho recientemente que no hay inconveniente en mantener en España las bases militares americanas. La rentabilidad revolucionaria de tales bases, supercompensadas militarmente por la no discutida presencia de submarinos atómicos rusos en el Mediterráneo, es algo obvio para quien se de cuenta de la posibilidad de manipular el carácter y los sentimientos del pueblo español. La opresión «imperialista» tiene que tener algunos símbolos. El derechismo liberal es una farsa, por una parte, y tiene su utilidad revolucionaria, tanto por lo que tiene de «tranquilizante», para unos, como por lo que tiene de agujón, para otros. Como quiera que el comunismo más que una nueva ideología es una imponente técnica revolucionaria su capacidad de manejar las inconsistencias liberales no tiene límite alguno.

Un sistema político como el comunismo, que se permite el lujo de separar la praxis revolucionaria de las realizaciones comunistas en los países ya dominados, que denuncia la «explotación» sistemáticamente, haciendo caso omiso de cualquier realidad natural, que crea una terminología para que con las mismas palabras pueda decir conceptos antagónicos, que hace pactos para no respetarlos, que tiene una capacidad de mentir hasta lo impensable y, que en fin, juega siempre todas las cartas posibles a la vez, el liberalismo, sea del tipo que sea, le resulta un enano, del que usa y al que desprecia.

La curación de la mala conciencia del liberalismo, que sería lo deseable, viene a resultar materialmente imposible porque habría de enmarcarse en una sinceridad y en un reconocimiento del origen desviado de su nacimiento. Debería reconocer cuánta oscuridad hay en sus supuestas «luces» de la razón y cuán poco práctico es su pragmatismo.



Nadie ignora que fueron los prohombres del partido moderado los que dieron el primer paso en el cambio de las instituciones políticas, planteando con más o menos latitud el gobierno representativo; es decir, abriendo la primera escena del gran drama de la revolución. Prescindimos ahora de las circunstancias que los rodearon, y de que hasta qué punto pudieron éstos sobreponerse a su voluntad; pero esto no quita de que el hecho sea el mismo. Pues bien, la experiencia enseña que esos partidos templados que abren el camino de la revolución, son luego arrollados por otros partidos más ardientes y más violentos; y que su suerte inmediata es hallarse apartados de las clases a quienes han ofendido con sus innovaciones, y acusados por los más violentos, de traidores a la causa de la libertad. No se abre a medias la puerta a las revoluciones; éstas son como raudal inmenso; en encontrando una rendija dan sobre ella con esfuerzo, derriban cuanto se les pone delante, y si alguno quiere detenerles, le arrastran cual leve arbusto en su estrepitosa corriente.

Dos sociedades, un naufragio

JEAN MARIE MATHIEU
(de *L'Homme nouveau*, 11-19 julio 1976)

En este último cuarto del siglo veinte, asistimos al inmenso naufragio de dos sociedades que, sin embargo, parecen todavía relativamente vivas a la mayor parte de los hombres.

Por una parte, el liberalismo domina el Oeste del mundo. El liberalismo hace del individuo un dios. Cada hombre, cada mujer, es legislador supremo de su propia vida. Los Estados liberales le dan el derecho de destruir unilateralmente los impulsos del amor, suprimir los niños desde el seno de la madre, facilitar la prostitución de las adolescentes de catorce años ignorándolo sus padres... Y las consecuencias se precipitan: El número de familias simplemente normales disminuye, la delincuencia juvenil toma proporciones escalofriantes, la mengua de nacimientos en los países occidentales compromete el porvenir, no solamente nacional, sino incluso simplemente económico. La conciencia profesional se desvanece, los odios sociales crecen, la tristeza y el rencor aumentan al mismo tiempo que el nivel de vida. La sociedad de consumo desarrolla cada vez más riquezas para hombres y mujeres que cada vez son menos felices.

Se puede discutir sobre cómo va a hundirse esta sociedad. Lo que es evidente, es que ha desembocado espiritualmente en el hombre «sublevado» de Camus o en la «náusea» de Sartre. La sociedad individualista no tiene alma. Es ya escéptica, satisfecha, desesperada. Presenta todos los síntomas de la decadencia que, según la historia, conduce a la caída de los imperios, y si no ha llegado el fin, está a la vista.

Por otra parte el socialismo domina la parte Este del planeta. Hace del Estado, o del Partido, un dios. Es el Estado o el Partido, el legislador supremo de los individuos reducidos a la condición de objetos. Los Estados socialistas no pueden sostenerse sino apoderándose, no solamente del poder político, sino también del poder económico y del poder cultural. Es en una sola mano en que

se suman los tres poderes que constituyen, en su sentido propio el totalitarismo, puesto que en el Estado se juntan el poder de todos los patronos, de todos los escritores, de todos los periodistas, etcétera, a su poder propio de la policía, del ejército... Hay, pues, un gigante que totaliza el poder y hombres-robots que deben pensar, votar, trabajar, habitar, leer, escuchar sometidos por una persecución administrativa y policial, cultural y económica multiforme. En el interior de estos Estados, sólo los privilegiados del Partido o del Poder creen aún en la «construcción del socialismo». La inmensa mayoría de la población tiene miedo. Los campos de concentración y los asilos psiquiátricos mantienen un terror difundido y suficiente para que las sublevaciones sean raras. Pero las sociedades socialistas no son más que apariencias.

Los soviets avanzan sobre el tablero de ajedrez mundial, gracias a la guerra subversiva y a la estupidez de los países liberales, pero, simultáneamente, su derrota política, económica y social se inscribe en la evolución psicológica de los pueblos reducidos a su esclavitud: Si mañana hubiera elecciones realmente libres, los países socialistas dejarían de ser en algunos días.

Es decir, que el liberalismo nacido de la revolución «francesa», y el socialismo nacido de la revolución »rusa«, se presentan al hombre contemporáneo como los dos fracasos más monumentales de la historia contemporánea.

Nunca, como en la hora actual, ha sido tan favorable para meditar y dar a conocer la doctrina social de la Iglesia. Se ha ensayado hinchar al individuo hasta hacer de él un dios: y ha explotado. Se ha ensayado ampliar, dilatar al Estado, para hacer de él un dios: y el Estado aplasta. Es preciso reconducir al hombre a su lugar y de nuevo someter a Dios al hombre y a la sociedad, al individuo y al Estado.

La mayor parte piensa que esto es improbable. Pero, es inevitable...

¡¡ESTO DE LA «ERA CONSTANTINIANA»!!

LUIS CREUS VIDAL

De un modo ya cansino, repetido hasta la saciedad, dentro de la mentalidad mundial de gregarismo y espíritu de rebaño que aflige a todos los actuales intelectuales, se nos viene echando el mismo «slogan», los mismos tópicos: «que nos hemos de convencer que ha tocado a su fin la "Era Constantiniana"». Lo hemos oído —juntamente con los estereotipados «compromiso», «testimonio», «diálogo» y otras palabras que han tenido fortuna— desde ya hace algunos años, de parte de todo el mundo: desde los más azarosos periodistas, hasta los doctores más altos, incluso en el mundo eclesiástico, y más admirados universalmente.

No nos toca en estas breves líneas analizar cuánto hay de incauto, de temerario y, sobre todo, de indocumentado en esta acusación general contra dicha «Era», y, por lo tanto, de hecho, contra la Iglesia, acusada de todas las situaciones de privilegio, y requerida a cada instante a confesar humildemente sus faltas y errores. No es éste nuestro objeto.

El de estas breves líneas es, simplemente, hacer ver cuánto hay de imporancia, pedantería e indumentación en nuestros tristes tiempos, que comienzan por no saber cronología.

Esto de salirnos ahora con que «asistimos al fin de la Era Constantiniana» (independientemente, repetimos, del concepto religioso, moral y social que pueda merecer) es el más risible despropósito.

Por la sencilla y obvia razón de que esto que llaman «Era Constantiniana», en el supuesto de que, realmente, fuera un ente auténtico de razón, o una realidad, no puede finir ahora, porque finió hace siglos.

Se entiende, o entienden por lo menos muchos, que «Era Constantiniana» significa una situación, si no mundial, por lo menos europea y en lo que sino mundial, por lo menos europea y en lo que llamamos Mundo tradicionalmente civilizado, en la que la Iglesia gozase de una posición, de una autoridad, básicas y reconocidas, articuladas con el Estado, etc., etc., desde el más alto grado hasta otros menores, y, por tanto, también gozase de unos privilegios, base, según muchos, del actual y farisaico escándalo.

Aun y cuando fuera justificado —que no lo es— cuánto se clama contra la «Era Constantiniana», olvidan tantos periodistas, y también tantos elevados teólogos y doctores —¡y nos extraña que nadie repare en cosa tan clara y evidente!—, algo tan elemental como las fechas de la Historia, que antes, por lo menos, se hallaban al alcance de cualquier seminrista o universitario mediano. Recordémoslas. Resumamos la historia universal moderno-contemporánea, que es la de persecución y aflicción de la Iglesia.

Francia, ya desde hace dos siglos —1789—, con su Revolución, al tiempo que guillotinaba y ahogaba sacerdotes, frailes y monjas, puso de moda el ateísmo. Toda su historia posterior ha sido, casi siempre, la del adalid mundial del anticlericalismo más clásico y más imitado doquier.

Italia, ya desde 1859, fundó su unidad en el acoso contra todos los poderes ligítimos del Papado: su Casa reinante, excomulgada largas décadas. El Papa, prisionero en el Vaticano.

La Gran Bretaña, ya desde Enrique VIII, o sea desde el siglo XVI, que sepamos, ha sido la campeona del antirománismo más encarnizado, que extendió a todo su Imperio, que llegó a ocupar un tercio de la superficie del Orbe.

Alemania, ya desde aquél mismo siglo, con Lutero, es la personificación del Protestantismo, su cuna. En 1648, en la Paz de Westfalia, se consagra el principio, y oficialmente: «cujus regio, ejus religio», es decir, que cada príncipe o principio implanta en sus dominios las creencias que le vienen en gana. Más tarde, la Unidad alemana es prusiana y anticatólica: el grito de «¡Los Von Rom!» de Bismarck.

¿A todo esto le llaman «Era Constantiniana»?

Rusia (ocupando otra cuarta parte del Globo) fue siempre cismática. Luego, desde 1917, la sede del ateísmo y de la lucha contra Dios.

Solamente pudiera achacarse este «estatuto» «constantiniano», con buena o mala voluntad según se quiera, al que fue Imperio Austro-Húngaro. Pero todos sabemos que éste quedó disuelto en 1918.

Los Estados Unidos, la nueva gran potencia mundial, jamás profesaron religión ninguna oficialmente.

Y de España... desde las Cortes de Cádiz: ¿es que la Iglesia ha podido ser considerada, en serio, a lo «constantiniano»? Creemos recordar que, después de un siglo de luchas interiores, hemos visto arder, en 1909, en Barcelona, todos los templos, y sacrificar, por el martirio, a millares de sacerdotes y católicos, en 1936...

Y cosa análoga podríamos ver, *en todo el mundo, desde hace ya siglos*. ¡Y a esto le llaman «Era Constantiniana»!

Que en tiempos de Lutero, de Calvin o de Voltaire y de Marx, o incluso de la juventud de Lenin, se hablase del fin de la Iglesia gozando su «Era Constantiniana», hubiera podido ser un arma contra ella. Salirnos, ahora, con esto del fin de la famosa «Era», es, sencillamente, trasnochado.

¡Escritores, periodistas, doctores! Documentaos más. Estudiad mejor y charlad menos. ¡Así no proferiréis tonterías! ¡Y no nos salgáis descubriendo, en 1974, el Mediterráneo!

ANDRES HOFER

CAUDILLO
CRISTIANO
DEL
TIROL



POR
J. J. Echave - Sustaeta
del Villar

Preguntad a un tirolés quién fue Andrés Hofer, su mirada se iluminará, adivinaréis en su semblante un fugaz sentimiento de ilusión, seguido por otro de nostalgia, y probablemente os responderá como a mí: ¡Pero cómo, ¿no lo sabe usted? Es nuestro héroe nacional!

Andrés Hofer era un sencillo campesino, posadero de una aldea en un alto valle de los Alpes, hasta que un día le reclamó la lucha organizada contra los enemigos de la fe y de su patria. En ella se consagró como el caudillo cristiano del pueblo tirolés, que sin ayuda de nadie, sólo confiado en Dios y en la justicia de su causa, logró por tres veces derrotar a los ejércitos de Napoleón.

Andrés era un hombre del pueblo, sin ambición política ni afán de enriquecerse; no poseía excepcionales dotes intelectuales, ni su educación pasó de la escuela primaria, pero tenía ideas muy claras sobre lo que había que hacer.

Sabía que sus acciones debía comenzarlas invocando el nombre y la ayuda del Dios de los ejércitos, que conduce a la victoria a los que se le confían. Sabía que sin Dios no hay libertad, pues la libertad sólo se da en una sociedad cristiana, donde los hombres puedan ejercitar el primero de sus derechos: el de ser felices siendo libres por sus tradiciones.

Sabía muy bien que la autoridad, que viene de Dios, para el Tirol era la del Emperador de Austria, y que por tanto no debía acatar otros poderes extraños, constituidos por las transacciones de los profesionales de la política.

Todo eso lo sabía muy bien Andrés Hofer y con él el pueblo tirolés; por eso, cuando los ejércitos de Napoleón, brazo armado de la Revolución, invadieron el país, se juramentaron como los antiguos macabeos, y se dispusieron a luchar y a morir por la patria y el santuario.

Su lucha, humanamente sin posibilidades, pero puesta en las manos de Dios, concertando alianza con el Corazón de Jesús, puede inscribirse, sin desmerecer, en las llamadas guerras macabaicas, como lo fueron, entre otras, las de La Vendée, las carlistas y las de los católicos mejicanos; guerras en las que la victoria no siguió a los heroicos combates, pero que Dios bendijo en los hijos y descendientes de los que por El luchaban, y que han mantenido la fe cristiana en el pueblo durante muchas generaciones. A ellas debemos agradecer los cristianos de hoy el bautismo que recibimos, y su historia nos debe animar a seguir su ejemplo cuando la ocasión lo reclame.

Napoleón, ¿mesías o anticristo?

En aquel año de 1808 la figura de Napoleón se alzaba incontenible; había sometido a las potencias continentales y dominaba toda Europa. Austria se le había rendido tras una infortunada guerra por la que perdió gran parte de su imperio. Derrotada Prusia, constituyó el gran Corso la Confederación del Rhin, formada por pequeños estados que se sometían a su protección. Tras firmar un tratado de aparente paz con la Rusia, se permitió señorear Polonia y los países nórdicos. Italia estaba dominada, y España invadida por sus ejércitos. Se había hecho coronar Emperador por el Papa, tomándole prisionero, y nada se le resistía. Era venerado por los afrancesados de toda Europa que veían en él al genio político y militar, al invencible brazo armado de la Revolución, al nuevo mesías que había de regenerar a las naciones. Era odiado y maldecido por todos los pueblos libres y cristianos, celosos de su fe, su rey, sus libertades y su independencia, que veían en su orgullo, impiedad y ambición, los anunciados signos del anticristo. Sus ejércitos, hasta entonces invencibles, eran para los primeros, presagio de la arrolladora fuerza de los principios revolucionarios, y para los segundos, señal de la inutilidad de toda necesidad armada.

El Estado moderno destruye las libertades del Tirol

En medio de los Alpes y como frontera entre Alemania e Italia está el Tirol. Sus habitantes se repartían por sus valles en pequeñas aldeas formadas por familias campesinas profundamente religiosas y amantes de sus libertades y tradiciones. Un excelente espíritu comunal se había conservado desde antiguo y hacía prevalecer sobre los códigos escritos, a las viejas costumbres y al sentimiento popular de lo justo y lo obligado. El campesino de aquellos valles había vivido durante siglos verdaderamente libre bajo los antiguos fueros de 1363, amparados por el Príncipe territorial.

En esta situación de feliz bienestar vivían los tiroleses hasta que se puso en marcha sobre ellos la pesada máquina del estado moderno que de manos de José II aplastó la vida histórica del pueblo. Comenzaron las reformas de aquel «Emperador teólogo» lentas y pausadas en lo político, procurando mantener la apariencia de las antiguas libertades, que iban cayendo una tras otra;

con descaro y sin embozo en lo religioso, privando al pueblo de la paz y tranquilidad acostumbradas y excitando una peligrosa efervescencia.

Imbuido el padre del «josefinismo» de las nefandas ideas jansenistas, galicanas, y liberales, centró su odio y persecución en el Sagrado Corazón de Jesús, y así ordenó en 1782 que todos los jueces y magistrados del Imperio hicieran desaparecer de las iglesias las imágenes del Corazón de Jesús, y que si alguna no podía ser retirada debía ser desfigurada hasta hacerla irreconocible. La fiesta fue tachada de los calendarios, abolidas las asociaciones que existían bajo su nombre y fueron decretadas severas penas contra los que en Viena se atrevieran a defender la devoción del Corazón de Jesús.

Por orden imperial se obligaba a los seminaristas a oír los panfletos jansenistas que atacaban groseramente la devoción. En el Austria de fines del XVIII, dice un autor, se podía aplicar con propiedad al culto al Corazón de Jesús, las palabras del viejo Simeón:

«Verdaderamente es éste signo de contradicción que revela los pensamientos de los corazones y que ha sido puesto para ruina y salvación de muchos».

José II murió en 1790 y su sucesor Leopoldo, que permitió el restablecimiento de la devoción, le siguió dos años después. El peligro de cisma había desaparecido y Pío VI publicó en 1794 la Bula «Auctorem Fidei» condenando, entre otras, tres proposiciones que atacaban el culto al Corazón de Jesús. La paz religiosa había vuelto al Austria.

Mas, vino la guerra, y el emperador austriaco, tras su derrota de 1805, tuvo que ceder el Tirol a Baviera. Maximiliano, benévolo rey de los bávaros, hizo proclamar su intención de no modificar en nada el secular modo de vida de los tiroleses, pero como tantas veces sucede, estas palabras ocultaban su verdadera intención. Su ministro Montgelás, celoso del peor de los despotismos —de la omnipotencia del estado y la centralización de todos los poderes— se propuso hacer en el Tirol lo que ya había realizado en Baviera, pues, fiel a sus principios revolucionarios, todos los súbditos debían ser trasquilados por la misma tijera.

El histórico nombre del Tirol fue sustituido por el de Baviera del Sur, provocando gran indignación por todo el país. Los municipios perdi-

ron toda su autonomía, siendo anulados y administrados, hasta en los asuntos más mínimos, por funcionarios regios que lastimaban a los sufridos montañeses con su burocrático orgullo. Gran irritación produjo la implantación del servicio militar obligatorio por quintas. Muchos mozos, sacados a la fuerza de su hogar y metidos en regimientos bávaros, desertaban y huían a los montes donde eran ayudados por los labradores, formando partidas que hostigaban al ejército invasor. Fue introducido de nuevo el antiguo impuesto del sello, del que el Tirol se había redimido pagando una importante suma a Austria. El tradicional escudo con el águila de dos cabezas austriaca, fue violentamente sustituido de las fachadas de las posadas y lugares públicos por el del águila bávara de una sola cabeza. Todas estas ofensas las sufría el pueblo en silencio, dirigiendo sus miradas y esperanzas a la antigua y amada dinastía de los Habsburgo.

La Iglesia no se somete al Estado. Persecución religiosa

Pero ninguna medida exasperó tanto a los campesinos como la violencia hecha a la Iglesia y la persecución de sus obispos y sacerdotes. El pueblo sabía que sus derechos podían esperar, pero los derechos de Dios eran sagrados, por eso, la actitud del gobierno, resueltamente hostil hacia la religión, inflamó los sentimientos de los corazones más nobles y los alentó hacia las resoluciones más audaces de resistencia armada.

Ya en abril de 1806 una orden real declaraba provisional toda la administración religiosa del Tirol y sometía a una nueva reorganización por el Estado los cabildos catedralicios, los monasterios, el número y sede de las diócesis episcopales y todos los centros de enseñanza de la Iglesia.

El gobierno sería en adelante el legislador en los asuntos eclesiásticos, y los Obispos, meros funcionarios suyos, eran requeridos a enviar circulares exigiendo el acatamiento de todo lo decretado. Se les prohibió que ordenasen a ningún clérigo que no hubiese sido examinado previamente por las autoridades civiles de la universidad de Innsbruck. Se limitó el tañido de las campanas, prohibiendo que repicasen a duelo. No se podía rezar el Rosario en público ni celebrar procesiones o viacrucis sin previa autorización gubernamental. La imagen del Corazón de Jesús era nuevamente considerada como signo falso.

Como era de esperar, la Jerarquía se resistió

y el pueblo le fue fiel. Históricamente existían en el Tirol tres obispados: El de Chur, el de Brixen y el de Trento. Sus titulares consultaron a Roma sobre la actitud a tomar, contestándoles el Papa, muy dolido por los pasos anticlericales del rey, que permanecieran firmes en la fe y no cedieran en los derechos esenciales de la Iglesia.

El gobierno suprimió la Abadía de Valle de San Miguel e hizo inventariar todas las joyas de las iglesias, declarándose administrador de abadías y colegiatas. Sintiéndose perseguido, el Obispo de Chur nombró Vicario General al párroco de Merán, para el caso de que fuera alejado por la fuerza. Reunió en secreto a sus sacerdotes y les exhortó a resistir en la fe, sin dejarse ganar por intentos cismáticos ni por el temor de persecuciones.

Los obispos de Chur y Trento fueron llamados a Innsbruck y al negarse a las pretensiones del gobierno, expulsados del país. Montgelás declaró vacante la diócesis de Trento y logró con dádivas y amenazas que algunos canónigos eligieran de entre ellos a un Vicario General y que éste promulgara una pastoral exigiendo el acatamiento de las disposiciones religiosas del poder civil.

Lo mismo se intentó con el párroco de Merán, pero éste no accedió y cuando iban a detenerle, acudió en su defensa tal número de campesinos, y en actitud tan amenazadora, que la autoridad no se atrevió y decidió esperar fuerza militar. Llegó un juez para averiguar lo sucedido, pero por más que porfió no logró sacar nada en claro de aquellos campesinos. Entre los más duramente interrogados —pues las sospechas de encabezar la rebelión caían sobre él—, estaba un tal Andrés Hofer, campesino de Passeir.

El pueblo cristiano contra el cisma

El Obispo de Chur, desde la frontera, escribió a sus fieles: «Disponeos a nueva persecución. No debéis reconocer a otro obispo o vicario que no haya nombrado yo o Roma. Si llega otro declaradle intruso y cismático. Preparaos con oración y modestia a la tormenta que viene.»

El párroco de Merán exhortó al clero a seguir el mandato de su Obispo, advirtiéndoles que no debían tener comunión con los sacerdotes impuestos por el gobierno, y prohibir al pueblo que la tuviesen. Habían de enseñarle a no recibir sacramentos de tales sacerdotes, ni asistir a sus misas

y sermones, ni admitir sus auxilios espirituales, fuera de peligro de muerte. Si no hallaban sacerdote fiel, debían contraer matrimonio sólo ante testigos católicos, y orar en las casas por los difuntos que hubiera que enterrar. Poco después era detenido y con él fueron desterrados muchos otros sacerdotes fieles.

A los pueblos vacantes llegaron sacerdotes extranjeros, pero los feligreses los rechazaron. Cuando uno de estos sacerdotes entraba en la iglesia, todo el pueblo salía de ella. Si iba a visitar a un enfermo, hallaba cerrada la puerta. Nadie quería alojarle ni cuidarle. Los campesinos enterraban a sus muertos por sí y rezaban en sus casas por ellos. El gobierno intentó inútilmente obligarles a asistir a los oficios de los sacerdotes gubernamentales por la fuerza de los soldados, pero fue en vano. Sintiéndose fracasado en sus propósitos, tanto con los obispos, como con los sacerdotes y fieles, la autoridad invasora procedió a cambiar de táctica y tratar de entenderse diplomáticamente con Roma.

Precisamente por haber sido la comarca de Merán la más agraviada por la persecución religiosa, fue el centro del levantamiento de 1809, y Andrés Hofer, campesino de uno de sus valles, el jefe de los alzados.

La revolución al acecho del Tirol

Una noche de otoño, un benedictino fugitivo de Alsacia predicó en el pueblo contra las abominaciones de la Revolución, y cómo sólo en la fe estaba la salvación para que aquella no devastara el Tirol. Andrés quedó tan vivamente impresionado que se prometió hacer cuanto estuviera en su mano para librarse a su patria de tales horrores.

Cuando en 1796 los franceses se acercaron al país desde Italia, los tiroleses llevaron a cabo portentosas hazañas. Las quinientas familias del valle de Passeir defendieron con éxito el paso de Tonal, y cuando, al año siguiente el General Joubert llegó a Bozen, dos mil paseiros se consagraron solemnemente al Sagrado Corazón de Jesús e hicieron retroceder al ejército enemigo, tomando al asalto sus posiciones. No lejos de Sterzing, junto a la carretera de Trems, se alza una pequeña capilla. En sus paredes una pintura representa a dos dragones franceses que se detienen bruscamente ante la imagen del Corazón de Jesús. Una inscripción dice: «Hasta aquí, y no más allá, llegó la caballería enemiga».

En esta guerra fue aprendiendo Andrés a combatir contra ejércitos numerosos confiando tan solo en Dios, por medio de patriotas audaces y valientes, contando con el conocimiento del terreno y las informaciones de los montañeses.

Andrés Hofer el posadero de Sand

Era Andrés el menor y el único varón de cuatro hermanos, y había nacido en Passeir en 1767. Aprendió en la escuela a leer y escribir, y a recitar de memoria el catecismo.

El año en que estalló la Revolución se había casado con Ana Ladurna, campesina modesta y callada que le amaba tiernamente. Poco después heredó de su padre la posada de Sand, que regentaba alternando con las faenas del campo.

Andrés era muy alto y extraordinariamente fuerte. Se ejercitaba con sus amigos en el boxeo, y todos querían medirse con él, pues cuando venía invitaba a su rival a comer en la posada. Era alegre, cantarín y chistoso. Vestía el típico traje tirolés: chaqueta verde, chaleco rojo y cinturón negro y desde que el Tirol pasó a Baviera se había dejado crecer una espesa barba negra que prometió afeitarse el día en que su país volviera a Austria. Llevaba un sombrero negro de anchas alas adornado con la estampa de la Virgen.

Su prestigio de nobleza, piedad y decisión, era general por todo el valle, y ya en 1790 había sido elegido representante en la Dieta Territorial. Se discutían las reformas eclesiásticas y políticas de José II, y Andrés fue el primero en oponerse a dichas reformas, parecer que fue aceptado como general. Su nombre se extendió por todo el país como el del paladín de las antiguas tradiciones y libertades, y el del más decidido enemigo de las novedades que llegaban en el bagaje de los ejércitos revolucionarios o en los escritos de los ilustrados de la corte.

Preparativos del alzamiento

La política seguida por los bávaros excitaba a la rebeldía y fomentaba en secreto el alzamiento. Los tiroleses que en 1805 habían marchado a Viena, llamaron a sus hermanos de los Alpes para anunciarles los preparativos de guerra. Andrés Hofer y otros dos representantes llegaron a la ciudad imperial y se entrevistaron en secreto con el Archiduque Juan y varios ministros, quienes les expusieron los planes de la próxima guerra contra Napoleón y la esperanza de que mediante

un alzamiento el Tirol se incorporase de nuevo a Austria. Había que proceder en el máximo secreto, y las órdenes y contactos serían verbales. La consigna sería la de «ya es tiempo» y debía ser trasmisida de aldea en aldea y de valle a valle por personas de confianza. Las posadas serían los centros de reunión para conspirar y almacén de víveres para resistir. El plan consistía en que el Tirol se alzaría el día en que las tropas austriacas cruzaran la frontera, tomando los pasos y puentes, tiroteando a toda fuerza enemiga que desde Italia pretendiera llegar a Alemania, y manteniéndolos libres y expeditos para cuando el ejército austriaco tuviera que cruzarlos en su marcha hacia Baviera, en cuyo momento se encenderían hogueras en los sitios tradicionales y se echaría a los ríos harina y carbón para que los ribereños conociesen que había llegado la hora.

Con estas instrucciones fue Hofer por toda la montaña de Salzburgo de amigo en amigo y de posada en posada sin despertar sospecha alguna. Los cabecillas eran todos posaderos y ninguno cometió imprudencia o error que diera ocasión a delación. Todo el Tirol ardía en preparativos y los ánimos estaban impacientes a la espera de poder luchar por la independencia de la patria. El gobierno bávaro, por su parte, estaba ciego, no veía ni sospechaba nada, confiado en su invencible protector y en la impotencia de los campesinos sin armas ni organización.

«Ya es tiempo». «Por Dios, el Emperador y la Patria»

En la noche del 8 al 9 de abril de 1809 el ejército austriaco cruzó la frontera precedido por mensajeros con proclamas. Al amanecer repicaban de alegría las campanas de las aldeas y las espadañas de las ermitas. El pueblo salía al encuentro de las tropas libertadoras entonando canciones patrióticas. Las madres levantaban a sus hijos sobre sus hombros para que fueran testigos del acontecimiento, los ancianos lloraban de emoción recordando mejores tiempos, y las muchachas ofrecían fruta y vino a los soldados. En los montes ardían fogatas, y la consigna de «ya es tiempo», corría de mano en mano y de aldea en aldea. Andrés Hofer y Martín Teimer expedieron desde Sand la orden de alzamiento del valle de Passeir.

Andrés, que llevaba el Rosario y un gran escapulario de la Virgen al cuello, reunió a los volun-

tarios de su valle y les dio órdenes concretas que comenzaban así:

«Mañana saldremos por Dios, el Emperador y la Patria; va a ser muy difícil, no hará falta que os recuerde que hay que pegar duro...»

En el puente de San Leonardo uno del valle preguntó a Hofer si tenía que irse con él. «No —le contestó—, sólo el que quiera». «Entonces voy». No mandaba sino que dejaba que cada cual le siguiera por su voluntad, pues sabía que a los montañeses no les gusta ser forzados, sino que les satisface triple la confianza que se pone en su libre resolución.

En la madrugada del 11 de abril se presentó la partida de Hofer en Sterzing, donde un batallón bávaro intentaba ayudar a otro que estaba cercado. Los tiradores montañeses les sorprendieron e hicieron retirarse hacia la llanura donde formando un cuadro se hicieron fuertes. Los tiroleses no tenían experiencia de lucha en el llano y al acercarse, el fuego de los cañones les causaba muchas bajas. La situación era incierta hasta que una doncella animosa, guiando un carro de heno encendido se dirigió contra el enemigo, cantando a grandes voces para que los tiroleses supieran que las balas no le alcanzaban. Resguardados tras la carreta y el humo avanzaron los tiradores que asaltaron los cañones y obligaron a los bávaros a rendirse. Este fue el bautismo de fuego de los tiroleses de Passeir en esta guerra.

Capitulación del ejército francés

Las columnas bávaras se dirigían a Innsbruck tiroteadas constantemente desde cada peña y cada matorral del camino por los tiroleses y sorprendidas por los aludes de piedras y troncos que retumbaban en su caída desde lo alto, produciendo cuantiosas pérdidas a los invasores. La noche del 12 de abril Innsbruck se vio iluminada por las fogatas de los montañeses que ocupaban todas las alturas que dominaban la capital. Al amanecer se lanzaron sobre la ciudad. La lucha fue muy cruenta pues los cañones abatían las cerradas filas de los tiroleses, hasta que cayó herido el coronel bávaro que los mandaba y aprovechando su momentáneo silencio se procedió al asalto, penetrando por una brecha en la plaza provocando la huida y rendición de la guarnición.

Los montañeses, sin jefe que coordinase a las

diversas partidas, sin un plan de operaciones, sólo animados por un ardiente amor a la Religión, por un común odio a los enemigos de sus tradiciones, y por un noble afecto a la casa de Habsburgo, habían obtenido una rápida victoria sobre soldados valerosos y organizados.

El espectáculo que se produjo en la ciudad a la entrada de sus libertadores fue indescriptible. Los retratos del Emperador Francisco y del Archiduque Juan fueron colocados en la puerta del triunfo, rodeados de gran multitud con velas encendidas. Una enorme águila doble que había quedado en la puerta de un oratorio de monjas fue llevada por las calles entre gritos de «viva», y atada ante el edificio de correos donde todos se agolpaban a besarla. En todas las iglesias se cantó el «Te Deum» de acción de gracias y un immenseo júbilo se extendió por toda la ciudad. Un labriego se prendió de la verja de hierro de la casa de un judío, y alegando derecho de vencedor la arrancó y se la llevó en la cabeza a su lejano valle; pero allí, el párroco le explicó que un cristiano no podía robar aunque venciera, y el montañés volvió con la puerta sobre su cabeza durante catorce horas pacientemente hasta Innsbruck dejándola en su sitio. Esta anécdota refleja el sentir y el actuar de aquellos luchadores.

Estaban durmiendo tranquilamente los tiroleses después de su victoria cuando a las tres de la mañana repicaron a rebato las campanas de las aldeas vecinas y de las iglesias de la ciudad. Llegaban los franceses y tras ellos los montañeses que venían siguiéndoles los pasos. Rápidamente se aprestaron a la defensa. El General Bisson desplegó sus fuerzas para atacar la capital descendiendo desde el monte Isel que la domina. Al amanecer ordenó el asalto que fue rechazado. Cuando las tropas asaltantes se retiraban para intentar nuevo ataque fueron sorprendidas por el fuego de los tiroleses de Hofer que les habían venido siguiendo desde Sterzing, hallándose en situación apurada. El general francés pidió parlamentar solicitando tan sólo pasar de largo por el valle hacia Ausburgo sin parar en la ciudad e indemnizando de todos los daños. Los tiroleses le exigieron capitulación sin condiciones. El general se resistía pensando en su honor y su fama, sabiendo cómo trataba Napoleón a los vencidos, pero viéndose perdido, se rindió. Los franceses y bávaros depusieron las armas que tomaron rápidamente los montañeses, produciéndose gran disputa por los caballos. Mil ochocientos franceses y

mil trescientos bávaros cayeron prisioneros y fueron conducidos al interior del valle del Inn.

Al día siguiente, cuando ya estaba liberado todo el Tirol, llegaron los austriacos a la ciudad entre repique de campanas y júbilo de la población. Al frente venía el General Chasteler que recibió a las autoridades en nombre del Emperador. «*Resultaba inenarrable el sentimiento de familia que unía al Príncipe con su pueblo, un sentimiento dinástico, sagrado, que penetraba a la gran masa de mujeres y niños, como al primero y al último de los guerreros, con un rasgo y sabor religioso que apenas fue sobrepujado en la Vendée. Tenía algo de patriarcal y de verdaderamente grandioso*». Así describe el sentir del recibimiento un historiador contemporáneo de la guerra.

El 15 de abril terminó la primera y victoriosa parte de esta guerra, llevada a cabo sólo por campesinos sin auxilio militar. La entrada del ejército austriaco en el valle del Puster no hizo sino servir de señal al levantamiento. Labradores fueron quienes hicieron prisioneros en 5 días a dos generales de Napoleón, a cuatro mil bávaros y a más de dos mil franceses, 800 caballos y 7 cañones.

Se encargó de gobernar el Tirol José Hormayr, ardiente patriota, estudioso de la historia y las tradiciones del país, furibundo enemigo de la Revolución destructora de la vida histórica de los pueblos, incansable propagador de la lucha contra Napoleón. Su lema era «victoria o muerte». El 16 de abril se cantó un solemne «Te Deum» por la victoria y seguidamente se convocó a los cuatro estamentos tradicionales del Tirol: Prelados, Señores y Caballeros, ciudades, y tribunales, según el antiguo derecho que databa de 1363, y se tomaron las medidas más urgentes.

Se entrevistó con Hofer para encargarle la liberación del Tirol Welsch, o románico, cuya capital es Trento. Andrés fue en busca de su amigo Schaffer. Entró en su casa y dijo: «**¡Alabado sea Jesucristo! Sólo vengo para decirte que hay que salvar a la Patria!**» Schaffer dijo: «**Querido Andrés, tenéis un mal sable y hay mucho que sufrir.**» Hofer contestó: «**El sable importa poco si el corazón es valeroso.**» Schaffer tomó su propia espada y se la ciñó a Hofer. Ambos salieron juntos camino de Trento. A su llegada los franceses se retiraron y los montañeses ocuparon la ciudad.

«Sólo nos queda confiar en Dios»

El Archiduque Juan había vencido en sus pri-

meros combates en el Norte de Italia, mientras el Archiduque Carlos atravesando el Tirol sublevado, se dirigía a Baviera. Napoleón dejó la guerra de España y se encaminó con sus ejércitos hacia el Austria. El emperador austriaco contaba con el levantamiento de Alemania contra el tirano francés, pero los alemanes no se atrevieron a alzarse hasta ver la situación más segura. A finales de abril se enfrentaron los ejércitos y tras cinco jornadas adversas Austria fue derrotada en Baviera. Napoleón se dirigió a Viena que estaba desguarnecida y que capituló el 13 de mayo.

La situación del Tirol era angustiosa tras la retirada austriaca, y Napoleón ordenó al General Lefebvre que la ocupase y castigase por su anterior osadía.

Los tiroleses se aprestaron a la defensa. Uno de los lugartenientes de Hofer, Anton Aschbacher, que ocupó los pasos fronterizos, escribió a Innsbruck: «**No nos queda a los tiroleses más que confiar en Dios, amparador de los oprimidos, y en la justicia de nuestra causa, y aprestarnos al combate para vencer o morir. Solo pido elegir oficiales y jefes nobles y de altos pensamientos, y Dios bendecirá las armas de los justos.**

El celo era tan ardiente que en muchas comunidades hubo peleas sobre quien había de salir contra el enemigo y quien quedarse en casa a faenar en el campo. Un numerosísimo grupo de voluntarios marchó a guarnecer los pasos.

El primero de mayo los ejércitos franceses y bávaro marcharon sobre Trento. Su defensa supuso crecidas pérdidas a los tiroleses. El general austriaco Chasteler se retiraba cuando al paso por una aldea se le echaron a los pies los diputados de las comunidades. Las mujeres levantaban a sus hijos y le mostraban el cielo enrojecido por las lejanas llamas de los pueblos incendiados por los franceses, y a grandes voces invocaban la venganza del cielo y el juicio de Dios si los dejaba sin defensa y sin desenvainar la espada después de haberles alentado a la lucha. Todos se juramentaban ser leales a la fe, a la patria y al Emperador hasta la muerte. La grandeza de aquel solemne espectáculo convenció a Chasteler a plantar cara al enemigo.

¿Qué hacer? ¡Hay que morir luchando!

Los bávaros habían sido detenidos en todos los pasos excepto en el valle del Inn por el que avanzaban entre grandes pérdidas, causando graves estragos en las poblaciones que ocupaban, que

inmediatamente eran incendiadas y los habitantes de los lugares que se resistían pasados a cuchillo. Martirizaron y mutilaron a ancianos y niños, degollando a mujeres y enfermos, saqueando iglesias y profanando tabernáculos. El propio general Wrede tuvo que poner coto a los desmanes, aunque solo por poco tiempo pudo contenerlos. El general Lefebvre, Duque de Danzig, había ordenando la guerra sin cuartel creyendo que de ese modo los pacíficos montañeses se arredrían y abandonarían su empeño, pero el efecto fue el contrario, pues al ver los tiroleses degollados a sus ancianos, violadas a sus doncellas, e incendiados sus aldeas, se enfurecieron doblemente, de modo que la guerra se convirtió en mucho más popular que antes y la lucha a muerte contra el invasor en algo fuera de duda.

Lefebvre lanzó una proclama anunciando que todo tirolés que fuera atrapado con armas sea inmediatamente fusilado; donde fuera hallado un soldado muerto, todo el valle será incendiado en 24 horas, y sus principales, ahorcados en el árbol más próximo.

Esperando el efecto atemorizador de estas proclamas y de los ejemplos de destrucción y muerte que había sembrado a su paso, avanzó lentamente hacia Innsbruck a la que puso cerco, logrando la capitulación el 19 de mayo. Los franceses creyeron haber acabado con la resistencia tirolesa y que la pacificación total era sólo cuestión de tiempo. Así lo escribió Lefebvre a Napoleón.

Realmente la situación de los tiroleses era cada vez más desesperada. Los franceses vencían una y otra vez a los austriacos, Viena estaba ocupada, en el Norte de Italia no marchaban bien las cosas, y el valle del Inn con su capital había capitulado. ¿Qué hacer?

Acudieron los diputados a Hofer que era el comandante de la tierra a pedirle consejo. Andrés después de oírles dijo: «**El ejército se retira por todas partes, los bávaros saquean, asesinan a nuestras mujeres y niños e incendian nuestras casas... ¿Qué hacer? ¡Hay que morir luchando!**

Todos le siguieron, reunieron más de seis mil hombres y partieron al encuentro del enemigo.

En el Corazón de Jesús está la victoria

El 24 de mayo hubo consejo de guerra con los representantes de todos los valles y se acordó la lucha.

Antes de salir Hofer reunió a sus voluntarios y pidió al cura castrense José Alber que hablase

a la tropa. La alocución del sacerdote a pelear por Dios, el Emperador y la Patria enardeció a los reunidos. Luego tomó la palabra Hofer que dijo: **Nuestra fuerza está en manos de Dios, y levantando con devoción los ojos y las manos al cielo hizo en nombre de todos solemne voto de celebrar la fiesta del Corazón de Jesús por la victoria. Todo el ejército rezó para obtener la protección divina y se puso en marcha.**

A media mañana comenzó el combate. Los tiroleses atacaron las alturas donde les esperaban los bávaros logrando tomarlas, pero no se atrevieron a seguirles por el llano donde la artillería enemiga les barría una y otra vez. La batalla duró toda la tarde, suspendiéndose por la noche por agotarse las municiones. Al día siguiente se perdieron y se recuperaron varias veces las posiciones de uno y otro bando, siempre a la bayoneta, quedando indeciso el resultado. El día 27 celebró Hofer nuevo consejo con sus capitanes sobre si seguir manteniendo las posiciones, atacar o retirarse, cuando se presentó un anciano ermitaño que les exhortó al ataque, confiando en Dios, y en que prometieran celebrar cada año la fiesta del día de la batalla que iba a ser gran victoria. Dicho esto se marchó. Todos quedaron convencidos que el anciano ermitaño era un santo enviado por Dios.

El 28 de mayo era domingo de la Trinidad. Los montañeses se prepararon a la pelea confesando y comulgando, siendo confortados por el sermón del capuchino Joaquín Haspinger que se presentó en el campamento a animarles a luchar por Dios y su causa, y a despreciar por ella a la muerte. Al amanecer comenzó encarnizada lucha, que duró hasta las 4 de la tarde. Los bávaros opusieron tenaz resistencia y los muertos eran muchos por ambas partes. Estando la situación indecisa llegó la noticia de que venían refuerzos tiroleses del alto Inn, después de haber vencido en las alturas. Animados por su llegada requirieron al general francés Deroy a capitular, a lo que éste se negó pidiendo un armisticio de 24 horas que los tiroleses no quisieron conceder. Temiendo ser copado el ejército francés se retiró calladamente por la noche, refugiándose en Baviera.

El 30 de mayo los tiroleses vencedores entraron en Innsbruck entre inmenso júbilo. Ningún enemigo pisaba ya tierra tirolesa, que por segunda vez había quedado libre por sus propias fuerzas. El día siguiente 1 de junio era la fiesta del Corpus Christi, que nunca se celebró en el Tirol

con mayor solemnidad ni alegría. El corazón de Jesús había concedido la victoria y tal como se había prometido su fiesta sería la fiesta nacional. Desde entonces ese día es festivo en el país y quedaría marcado en números encarnados en el calendario del Tirol.

Derrota austriaca en Wagram. El Tirol en manos de Napoleón

Los austriacos habían sido vencidos pero no derrotados definitivamente. Todos los combates anteriores no habían sido sino preludio de la batalla gigantesca que libraron a finales de mayo Napoleón y el Archiduque Carlos frente a Viena en la gran llanura de la orilla izquierda del Danubio. Toda Europa miraba sin parpadear los preparativos para esta gigantesca batalla, que debía decidir, si el imperio de Napoleón se hundiría en aguas del Danubio, o si los Habsburgo sucumbirían al Corso en el mismo campo de batalla en que su antecesor Rodolfo I había obtenido el imperio. Fue la batalla de Aspern que en principio perdió Napoleón, pero que unas semanas más tarde, el 6 de julio volvía la suerte a los austriacos en Wagram, forzándoles a una penosa retirada. Se acordó un armisticio, que meses más tarde desembocó en la paz de Schönbrunn, por la que Austria perdía numerosos territorios, más de tres millones de súbditos, se alejaba enteramente del mar, renunciaba a su unión con Alemania, limitaba su ejército y se obligaba a una importante indemnización. Austria quedaba convertida en potencia de segundo orden.

Una de las cláusulas del armisticio fue que el Tirol, en la situación en que se hallaba pasaba al dominio de Napoleón, hasta que la paz definitiva decidiera sobre su futuro. El Archiduque Juan se lo notificó personalmente a Hofer, al tiempo que se retiraba. Napoleón, deseando ganar tiempo, incumpliendo lo pactado, ordenó inmediatamente a Lefebvre que ocupase y desarmase el Tirol.

A la vista de lo sucedido anteriormente, Lefebvre planeó un ataque coordinado mediante todo el VII Cuerpo de Ejército, más de 50 mil hombres, que penetrarían a un tiempo por todos los pasos y valles. Los pasos estaban desguarnecidos y los montañeses en sus casas. El enemigo avanzó por todas partes sin obstáculos. Muchos antiguos capitanes de Hofer viendo que no había solución, marcharon a Austria con las tropas en retirada.

Hofer llama a la lucha por la Religión y la Patria

Hofer reflexionó en soledad y se presentó ante sus paisanos con esta proclama:

«Poned toda vuestra confianza en Dios. Ya hemos llevado a cabo grandes cosas con asombro del extranjero, no por el humano auxilio, sino por la fuerza de arriba que no se puede desconocer. La virtud da verdadera fuerza y hace de los flacos, héroes. Ahora no sólo se trata de salvar nuestra tierra, sino también la religión. Las cosas a medias no son nada. Por la religión hemos comenzado la santa obra, ahora se trata de perfeccionarla. Por eso, levantaos; tomad las armas contra el general enemigo del cielo y de la tierra. Ninguno esté alejado de la guerra por Dios y por el Emperador Francisco. ¡Vencer o morir!»

Entre tanto, Lefebvre entraba en Innsbruck el 30 de julio, y en virtud del armisticio exigió se entregaran las armas y se presentaran todos los montañeses; el que no se presentase sería condenado a muerte y sus propiedades confiscadas. Los tiroleses se reunieron en las montañas al mando de Hofer; éste envió un escrito el general invocando el armisticio y protestando contra el avance de las tropas, que, de seguir, provocarían resistencia armada.

La proclama de Hofer produjo gran impresión. Los mensajeros corrieron por todas partes y en medio de un país ocupado dieron puntualmente las consignas.

El 4 de agosto los montañeses sorprendieron la columna de Rouyer en el puente de Oberau, al que prendieron fuego dejando copados a los invasores. Tras muchas pérdidas, los franceses lograron romper el cerco y retroceder hacia Brixen, donde debía estar el grueso del ejército, pero no hallaron tropa alguna, ya que había sido atacada y dispersada por los montañeses en Mittewald. En el fondo del valle recibieron las descargas de los tiroleses y los aludes de rocas y troncos que caían desde lo alto y les causaban gran mortandad, arrojando carros y caballos al río. Los bávaros no tuvieron otra oportunidad que pedir rendición.

Enterado Lefebvre del descalabro de la columna, ordenó una inmediata salida de castigo, incendiando varias aldeas para atemorizar a «los estúpidos labriegos». Nuevamente el incendio y

el pillaje de los invasores produjeron el aumento de las tropas voluntarias de Hofer.

Se adentró Lefebvre en los valles cuando de pronto se vio hostigado desde las alturas; intentó retroceder, pero la retirada había sido cortada. Toda una noche estuvo su ejército a punto de ser aniquilado por cerradas descargas y atronadores aludes. Pidió ayuda a columnas vecinas, pero nadie acudió, pues cada una tenía probado trabajo en defenderse de sus atacantes. El Mariscal forzó una salida desesperada y huyó hacia Innsbruck siempre perseguido por Hofer. Por donde pasaba tocaban a rebato las campanas y sonaban las escopetas contra los fugitivos, haciendo blanco cada bala. Se produjo total desorden en el ejército y el propio Lefebvre llegó oculto con capa de soldado raso, profundamente humillado y perseguido. Caballos, carros, armas, cañones, honor, todo lo había perdido.

A su llegada recibió malas noticias de las columnas restantes. En Herzing habían capitulado los bávaros y el General Rusca se retiraba con grandes pérdidas.

La noticia de la fuga desesperada de Lefebvre en el valle del río Eisack y la capitulación de los bávaros en el alto Inn, así como la vergonzosa retirada de Rusca desde el valle del Puster a Cariñia, corrió como un reguero de pólvora por el país y animó a los más indecisos. Los montañeses del bajo Inn entraron en los depósitos donde se habían guardado sus escopetas en el desarme del armisticio y se acercaron a Innsbruck.

Batalla del monte Isel

Hofer preparó la batalla decisiva en los alrededores de Innsbruck para el 13 de agosto. Lefebvre estaba asombrado, pues no creía que los montañeses se batieran en domingo, pero se equivocaba. Al amanecer ordenó el asalto a la bayoneta. Hofer tomó las alturas del monte Isel que domina la ciudad y fue descendiendo sobre las posiciones defensivas de los franceses. Siete veces llevó Lefebvre a sus fuerzas escogidas contra el monte Isel y siete veces fue rechazado cada vez con mayores pérdidas. A mediodía, la artillería bávara abrió una brecha y los tiroleses se retiraron. Hofer acudió a taponarla y enardecido a sus montañeses los arrastró tras sí arrollando al enemigo. La noche puso fin al combate del 15 de agosto en el monte Isel. Al día siguiente, sintiéndose vencido, Lefebvre ordenó la retirada de la ciudad, en cuya defensa había perdido cuatro mil

hombres y más de seis mil habían caído prisioneros.

El Tirol había sido liberado por tercera vez sin ayuda de tropa militar alguna. Los combates del 4 y 5 de agosto en Oberau y Mittewald, del 7 al 10 en Sterzing y del 13 en Innsbruck resultaron brillantes victorias de simples montañeses acudillados por el sencillo posadero de Sand.

El ejército reza el rosario

El 15 de agosto por la mañana reunió Hofer en las alturas del monte Isel a los comandantes tiroleses, «**se arrodilló al aire libre a la vista de Innsbruck y de sus tropas, para dar gracias al Altísimo y a la Madre de Dios, la buena intercesora, con el rosario en la mano, rezando todos en voz alta por las victorias obtenidas**». Luego dio orden de perseguir al enemigo y limpiar el país.

La entrada en la ciudad fue triunfal. Se formó una gran procesión entonando cánticos en acción de gracias a cuyo frente iba una cruz y una imagen de María.

Como algunos se desmandasen y saqueasen las casas de los amigos de los franceses, mandó tocar a rebato y formar la tropa. Algunos le preguntaron ¿qué había que hacer? y les contestó: «**Ir tras el enemigo**». Uno le espetó: «**¿Qué recibiremos por ello?**» Hofer contestó: «**La vida eterna**».

Hallando a unos que producían gran alboroto, les gritó: «**¿Qué hacéis ahí? ¿Qué tenéis que hacer ya en la ciudad? ¿Por qué no vais tras el enemigo que aún está cerca? ¡Si no me obedecéis dejo ahora mismo de ser vuestro jefe!**» Esta amenaza produjo efecto fulminante, e inmediatamente salieron en persecución del enemigo.

;Somos campesinos y no señores!

Hofer fue nombrado comandante general del Tirol. No procuró esta dignidad, sino más bien se la impusieron, y mandó en todo el país desde el 15 de agosto hasta octubre con la misma sencillez como había luchado.

Vivía en un sencillo aposento del castillo, fuera de las lujosas estancias. Su lema era: «**Somos campesinos y no señores**». Extendió su proverbial devoción a todos sus acompañantes. Por la mañana y por la noche visitaba la iglesia parroquial vecina, cuya imagen de María Auxiliadora era objeto de su especial veneración. Después de comer amonestaba a sus comensales: «**Ya que hemos comido juntos, recemos también juntos**». Despues de la cena rezaba el rosario con los pre-

sententes y añadía un buen número de padrenuestros para alcanzar la intercesión de los santos de su especial devoción.

Hofer, como Regente del Tirol, fue leal a su Emperador y adicto al Archiduque Juan. Escribió a aquél en nombre de la nación para que enviase auxilio a la patria oprimida, o si las circunstancias no lo permitían, al menos se dignase aconsejarle si una ulterior resistencia había de suponer la salvación de la patria o acarrear su completa ruina.

Hofer, Regente del Tirol

Dedicó todo su tiempo a resolver con sano entendimiento y buen corazón los problemas acuciantes que tenía el país. Descentralizó los servicios públicos y reestableció las antiguas instituciones tradicionales. Dictó severas órdenes para conservar las buenas costumbres, prohibió los bailes excepto en las bodas, y vedó la asistencia a las tabernas durante los oficios divinos. Expedió una ley eficaz contra los seductores. Requirió a los clérigos para que «trabajasen con esfuerzo para suprimir en la patria los obstáculos del bien, los peligros de la religión y la virtud cristiana y en todas las cosas se promoviera el mayor bien general». En toda ocasión exhortaba a dar gracias a Dios por la victoria y a hacerse dignos de la protección divina por una vida cristiana. Había que esforzarse por alcanzar la gracia de Dios Padre por la vida piadosa y el verdadero amor del prójimo; así, pues, se había de desterrar el odio, la envidia y la rapacidad, y se había de dar todo posible auxilio a los ciudadanos necesitados, obediencia a los superiores y, en general, evitar todos los escándalos.

Restituyó a la iglesia de todos sus derechos que le habían arrebatado gobiernos anteriores. En las audiencias llevaba el sombrero puesto, que sólo se quitaba ante los clérigos. Cuando un personaje se dirigió a él con el título de Excelencia, se enojó: «¡Me llamo Andrés Hofer, posadero de Sand en Passeir. ¡No soy Excelencia!»

Permaneció pobre y exhortó a todos a pagar los tributos como deber de religión y asunto de conciencia. Mientras él gobernó no se cometió casi ningún delito en el Tirol, según noticias escritas.

Conquista de Salzburgo

La fortuna y la desgracia de Hofer las causó su amor a Austria. Nunca quiso dar crédito a

quienes le advertían de que Austria, en la paz, cedería el Tirol a sus enemigos; sino que persuadido de la pronta reacción del Emperador, se propuso extender la libertad a los territorios vecinos. Así envió una proclama de guerra a los habitantes de Carintia que comenzaba así:

«Con la visible protección del cielo hemos logrado aniquilar en parte cuatro ejércitos, en parte apresarlos, y en parte obligarlos a huir. Lo que por cuenta de los hombres pudo contribuir a ello fue la intrepidez y la actividad en el uso de las fuerzas de combate, pero principalmente la firme resolución de dejarse enterrar bajo las ruinas de nuestras casas, antes que dejarnos llevar al matadero por el insaciable enemigo de la nación alemana...»

Se lanzó a la conquista de toda la montaña

de Salzburgo, que desalojó de enemigos el 29 de septiembre. Regresaron muchos tiroleses que habían huido al Austria en los momentos de peligro, trayendo de parte del Emperador muchos regalos para Hofer. Este ordenó solemnizar en forma extraordinaria en todas las iglesias del país el santo del Emperador, el 4 de octubre.

¿Se había firmado la paz?

Mas poco había de durar ya la alegría de los tiroleses. Napoleón ordenó una rápida y energética expedición de castigo contra el Tirol rebelde. Ejércitos franceses y bávaros tomaron Trento, que fue tratado con blandura, porque nunca secundó de corazón los alzamientos de los montañeses. Estos estuvieron aún a punto de recuperar la ciudad, pero comenzaron a propagarse por el país rumores de que se había firmado la paz entre Napoleón y el Emperador Francisco, y esta incertidumbre desconcertó a los atacantes. En el norte Lefebvre cayó de improviso con fuerzas muy superiores sobre Hallein y la tomó.

La realidad era que la paz se había firmado el 14 de octubre en Viena y el Tirol había sido cedido por el Emperador. Las primeras noticias parecieron increíbles a los tiroleses, después de tantos sacrificios. El 29 de octubre recibieron confirmada la noticia de parte del Archiduque Juan. Entre tanto Napoleón había aprovechado el desconcierto de los montañeses atacándoles por todas partes; éstos se retiraron desmoralizados, creyéndose traicionados por su amado emperador, siendo sorprendidos en Mellek, donde tuvieron numerosas pérdidas.

Ante el continuado e irresistible avance enemigo, Hofer decidió abandonar Innsbruck y hacerse fuerte en el monte Isel. Reunió a sus capitanes para deliberar sobre si se había o no firmado la paz. Estando reunidos llegó un emisario con un escrito autógrafo del Archiduque Juan que así lo confirmaba; pero al leerlo, el mensajero cayó preso de un ataque epiléptico, por lo que los presentes creyeron se trataba de un embuste y su caída señal inequívoca de que mentía. Se había enviado ya una comitiva para parlamentar con los bávaros, pero se acordó hacerla retornar y solicitar un armisticio de 15 días para averiguar lo que realmente había pasado. Los bávaros no aceptaron, lo que hizo pensar a Hofer que la noticia de la paz era una treta para desmoralizarles, y ordenó proseguir la lucha. Nuevas confirmaciones sacaron a Hofer de su error, y tras deliberar nuevamente, acordó por fin enviar una proclama a los tiroleses anunciándoles la paz, la necesidad de cesar en la guerra y someterse a las nuevas autoridades.

Vuelta a la lucha sin esperanza

Hofer se volvió a su casa y declaró a sus amigos que para él ya no había nada que hacer. Buscaba dónde esconderse cuando una partida de sus antiguos guerrilleros, que estaba enojada con él porque no quería hacer ya la guerra, le sorprendió y apuntándole con sus armas le amenazó diciendo: «¡Ahora, Andrés! ¿Qué hacemos con los franceses? ¿Quieres hacer algo o no? Porque si no, nuestras armas están tan cargadas para ti como para ellos.» Andrés les miró sin miedo pero con lástima, y recordando tantos combates juntos y creyendo oír en ellos la voz del pueblo, pidió papel y redactó una proclama excitando a la resistencia. Con ella firmó su sentencia de muerte, pues la proclama corrió el país como un reguero de pólvora y volvió a empezar, no ya la guerra, pero sí la guerrilla. Alejado por el rumor de que los austriacos habían caído sobre Baviera, intentó de nuevo organizar la lucha, pero el pueblo estaba dividido entre grupos partidarios de la paz y de la guerra, y nada se pudo hacer.

Hofer en manos de sus enemigos

La mayoría de los tiroleses se acogieron a la amnistía, pero Hofer no quiso, y huyó con su hijo a una cabaña en las alturas de su valle en los Alpes. Por sus amigos que le visitaban supo de la general capitulación y de que se había puesto precio a su cabeza. Su refugio era conocido de

todos los del valle, pero nadie le traicionó. Una noche llegó su esposa, que quería permanecer con su marido y con su hijo; su llegada hizo recelar a un labrador forastero que en otras épocas había sido ayudado en sus necesidades por Hofer, quien le denunció. De noche llegaron hasta su cabaña mil quinientos soldados italianos y le detuvieron. Le ataron con correas, y descalzo le empujaron monte abajo junto a su mujer y su hijo. Le arrancaron las barbas, pues todos querían llevarse un recuerdo del General Barbone (barbado), como le llamaban. Llegó al valle con los pies sangrantes. Al pasar por su casa en Passeir saquearon y devastaron todas las dependencias. Rodado de soldados y protegido por artillería le llevaron a Meran. Los postigos de las ventanas de las casas se entreabrieron para verlo pasar y en los rostros pegados al frío cristal aparecían silenciosas lágrimas.

Al día siguiente le llevaron a Bozen, donde se despidió de su mujer y su hijo en una emocionante escena. Durante el camino, mientras pernocaban se prendió un incendio. Hofer en la confusión pudo haber huido, pero no lo hizo, sino que al contrario ayudó a apagar el fuego. Cuando los oficiales le preguntaron porqué no había huido, respondió que huir así le parecía algo deshonroso y que era deber de todo cristiano ayudar a apagar un incendio. Poco después fue trasladado a Mantua.

La vida no se ha de comprar con una mentira

Sus partidarios habían huido a Austria o a Suiza. Uno de sus capitanes, Pedro Mayer, posadero de Mahr, fue apresado y sometido a Consejo de Guerra. Su abogado intentó salvarle alegando que no había leído el decreto del 12 de noviembre, pero él afirmó que sí lo había leído, y que pese a ello, continuado la lucha. No quiso salvarse por una mentira. Manifestó que su padre le había enseñado que había que morir antes que mentir, y que no quería ahora comprar la vida por una mentira. Fue condenado a muerte; se dirigió animoso al lugar de la ejecución con un crucifijo en la mano y fue fusilado el 20 de febrero de 1810, el mismo día que su jefe.

Era comandante de Mantua el General Bisson, que había sido derrotado por Hofer en Innsbruck. Una noche se dirigió al prisionero y le ofreció en nombre de Napoleón que se pusiese a las órdenes del nuevo señor del mundo, que le habría de encumbrar en altos puestos. Hofer contestó: «Yo fui, soy y seré fiel a la Casa de Austria y a mi

Emperador. Cuando sea condenado a morir me hallaré mejor que muchos otros, pues conoceré la hora de mi muerte y podré disponerme convenientemente, mas ¡cuántos otros no tendrán esta dicha!»

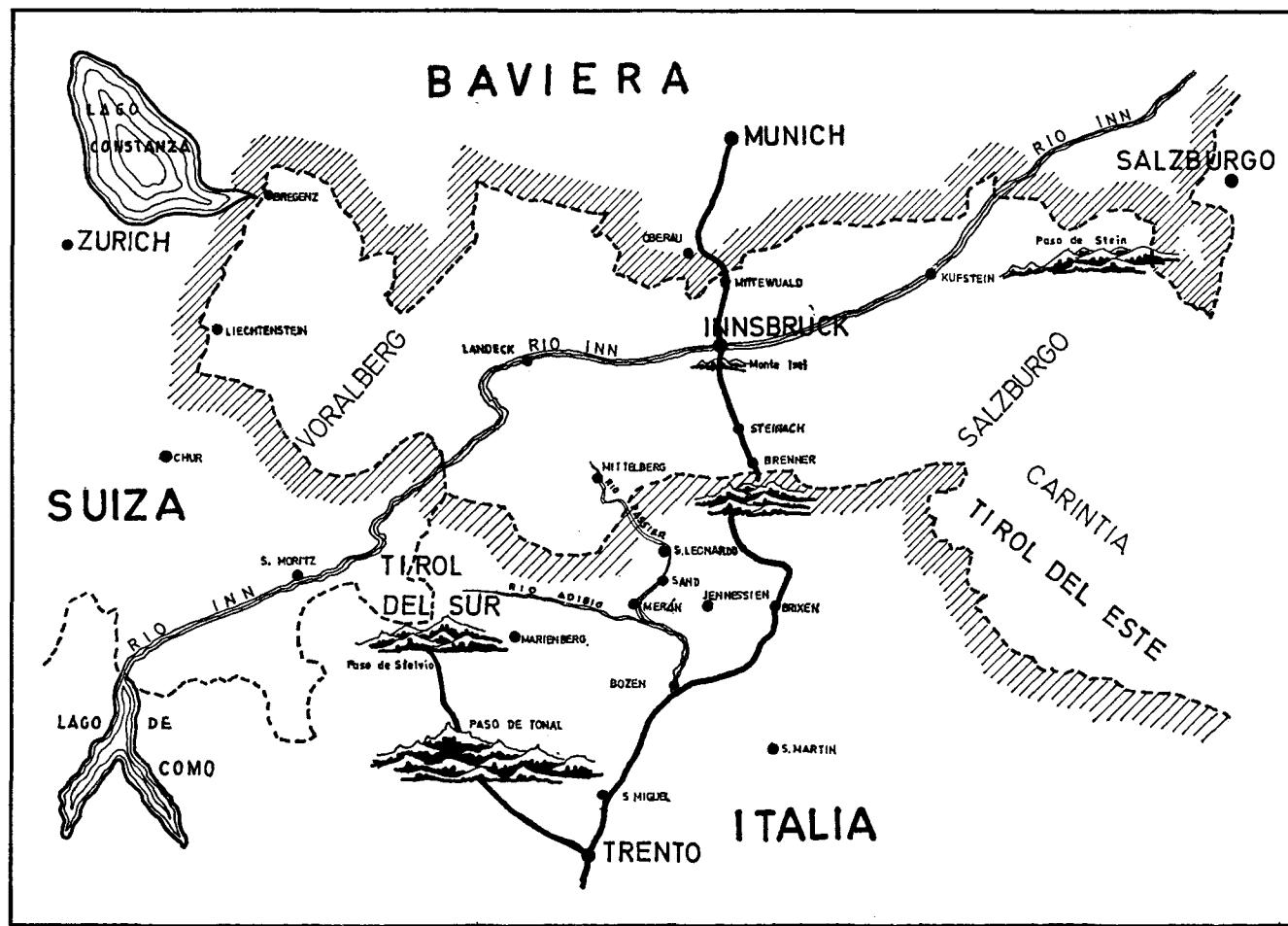
Aun con el voto en contra de dos de los jueces, le condenaron a muerte, que había de cumplirse en 24 horas. Llamó a dos sacerdotes con los que confesó y comulgó y ordenó las misas de difuntos que se le habían de ofrecer en las iglesias de San Martín y San Leonardo, de su pueblo. Pidió despedirse de los tiroleses prisioneros con él, pero no se lo permitieron.

Escribió a su mujer, rogando por toda la familia, a la que esperaba recibir en el cielo, junto a todos sus amigos, y alabar todos juntos a Dios, sin separarse ya nunca. Terminaba diciendo: «Adiós tú, pobre mundo, el morir me parece tan leve, que ni tan siquiera se me humedecen los ojos. A las once veré a Dios, con la ayuda de todos los santos».

Poco antes de las once salió Hofer del calabozo con el crucifijo en la mano. Le dieron un pañuelo para que se vendase los ojos, pero él lo rechazó. Le ordenaron se arrodillase, mas él ma-

nifestó: «Aún no estoy en presencia del que me creó y quiero devolverle mi alma en pie.» Elevó las manos al cielo en oración y gritó: «¡Viva el Emperador!» Sonaron seis disparos, pero los soldados, emocionados, temblaban y apuntaron mal. Se ordenó una nueva descarga y Hofer cayó de rodillas y aún tuvo fuerzas para intentar incorporarse. El revólver del oficial le disparó a quemarropa el tiro de gracia. Era el 20 de febrero de 1810.

En 1823 sus restos fueron solemnemente trasladados desde el humilde jardín del párroco de Mantua a la ciudad de Innsbruck, que había librado por tres veces. Francisco I hizo inmortalizar al héroe en un monumento de mármol de Carrara, mas sus compatriotas, los campesinos de Passeir, construyeron sobre su tumba, junto a su casa natal, una capilla en honor del Sagrado Corazón de Jesús, a quien en pacto solemne había consagrado sus ejércitos y la libertad de su Patria. De haber podido escoger entre estos dos recuerdos, Andrés Hofer no hubiera dudado. Una vez más la intuición popular se identificó con la voluntad de su caudillo y con el ideal de su vida y de su muerte.



EL PROBLEMA DE M. LEFEBVRE

Desde hace más de un año he recibido muchas cartas de lectores que solicitan, y a veces exigen, que «L'Homme Nouveau» adopte una postura clara en el doloroso conflicto planteado en la Iglesia, a cuenta del Seminario fundado en Ecône por Monseñor Marcel Lefebvre. Son cartas, en ocasiones acompañadas de amenazas, que me acusan «por no apoyar uno de los pocos, si no es el único seminario en el mundo, en que la enseñanza y la formación son del todo acordes a las instrucciones romanas»; o bien son cartas de las que se honran como subscriptores porque, según dicen, «L'Homme Nouveau», con su silencio, dice bien a las claras que ha dejado «de ser fiel al Papa y a la Iglesia».

No puedo ocultar que este problema es para mí, como para todos los católicos de Francia y aun del mundo, una fuente de profundas amarguras. Repetidas veces he explicado en privado a mis correspondentes que no es precisamente con artículos en los periódicos como conseguiremos llegar a la única solución apetecible, la de la reconciliación. El ruido, en general, no hace bien. En esta coyuntura, la oración y el sacrificio me parecen la actitud más prudente y la más eficaz, para conseguir contactos, entrevistas, caminos hacia una solución que no deba nada a la ignorancia, al endurecimiento, al error muchas veces involuntario. Estoy persuadido de que, en tales dificultades, la diplomacia secreta, cuando se ejercita en la verdad y la caridad, vale más que la diplomacia en la plaza pública que acude para presionar a las fuerzas de opinión. Hasta ahora, por desgracia; el tumulto de la plaza pública ha hecho más difíciles los itinerarios interiores y el encuentro de las almas. Y éstas siguen sin embargo solas, esperando la solución deseada por el corazón del Maestro. Porque Dios es Amor. Es misericordia. Es esperanza contra toda contraria esperanza. Es resurrección.

El discurso que el 24 de mayo dirigió el Papa Pablo VI al Consistorio reunido para la creación de nuevos Cardenales, marca una etapa en la evolución de la Iglesia, después del Concilio. No puede negarse.

Antes de llegar a lo esencial de los términos empleados en esta circunstancia solemne, que no son precisamente opiniones privadas, sino pala-

bras del Papa, expresándose como Vicario de Cristo, ante los Cardenales del Mundo entero, quisiera formular aquí una declaración respetuosa pero firme.

El discurso del Papa Pablo VI es, con intención evidentemente reflexiva, un perfecto contrapeso. Primeramente dirige una llamada a los que, más o menos, rechazan el Concilio. Y proclama simultáneamente que los que pretenden que el Concilio está ya «anticuado» le causan «la misma tristeza» que los primeros. Aquellos, pues, que en su conciencia rechazan este equilibrio, no tienen derecho a presentar el pensamiento del Papa, a través de las argucias de sus largos razonamientos, con la utilización de titulares, de itálicas, etc., para imponer a sus lectores la idea de que solamente han sido declarados en grave falta los que están situados en el campo de la fidelidad a la tradición; mientras que los otros, por extravagantes, por demoledores o escandalosos que sean, no han sido citados al final del discurso más que por simetría; pero que permanecen de hecho como hijos queridos a los que, con un guiño de ojos, se les asegura que pueden proseguir en sus posiciones.

Voy a ser más exacto todavía. Que este discurso, que culmina en una vibrante llamada de Pablo VI a Monseñor Lefebvre y a sus colaboradores: «Les esperamos con los brazos muy abiertos» sea presentado con titulares de dos líneas sobre cuatro columnas «Pablo VI ante los cardenales: Monseñor Lefebvre se coloca fuera de la Iglesia» es, a mi modesto entender, inadmisible. Que Pablo VI haya decidido lanzar esta llamada, que quizás sea la última, ante todos los Cardenales y que la haya terminado con la imagen del Padre que abre los brazos, no autoriza a sugerir a los lectores, con un titular que va más allá de su pensamiento, que el Papa ha hecho lo contrario, y que acaba de cerrar la puerta a toda reconciliación.

Hay que ser claros. Es difícil, es casi imposible, humanamente hablando, en ciertos casos, doblar las rodillas y decir «Pater, peccavi», «Padre, he pecado». Pero machacar la opinión, presentando esencialmente al Padre común como si acabase de condenar sin apelación en el momento en que, con un grito del corazón, afirma ante

la faz del mundo que tiene «los brazos muy abiertos», es una acción que contribuye a dificultar más en conciencia a Monseñor Marcel Lefebvre el gesto que el Vicario de Jesucristo le demanda.

Aún iría yo más lejos: ocurre así, desde el principio. Desde el principio de este crucificante postconcilio, demasiados compañeros han falseado, casi sin cesar, la exposición del pensamiento del Papa. Han endulzado las referencias dirigidas contra los que desprecian la tradición. Y a la vez han endurecido las advertencias a los que temen la renovación. Lo que ha traído como consecuencia que, en oposición a las explícitas intenciones del Santo Padre, los segundos se hayan creído secretamente rechazados por el Papa; y los primeros se han creído realmente aprobados por un Papa que les da —haciendo ademán de reprenderles— una firma en blanco apenas velada.

Escribo esto porque lo sé. Si la reconciliación de Monseñor Lefebvre con el Papa de Roma no se produce, a pesar de todas nuestras súplicas, la responsabilidad invisible pero real corresponderá en conciencia a los que han contribuido a que los que se encuentran en Gethsemaní, sollozando «Padre, ¿por qué nos has abandonado?» no reciban un titular a cuatro columnas: «Pablo VI ante los Cardenales: Monseñor Lefebvre se coloca fuera de la Iglesia».

Pero vamos al discurso de Pablo VI. Manifiesta la rectificación que el Papa dirige a los que rechazan el Concilio y a los que lo utilizan, lo monopolizan, lo traicionan, lo ridiculizan.

En primer lugar, deplora la actitud de:

«Los que bajo pretexto de una más grande fidelidad a la Iglesia y a su magisterio rehúsan sistemáticamente las enseñanzas del mismo Concilio, su aplicación y las reformas que de él se derivan (...).»

«Se arroja el descrédito sobre la autoridad de la Iglesia en nombre de una tradición a la que se manifiesta un respeto que no es más que material y verbalístico; se hechaza la autoridad de hoy en nombre de la de ayer. Y el hecho es tanto más grave porque la oposición a que nos referimos no está únicamente fomentada por algunos sacerdotes, sino que viene dirigida por un obispo, que sigue siempre siendo objeto de nuestro respeto fraternal, Monseñor Lefebvre. ¡Es muy duro tenerlo que decir! Pero, ¿cómo no ver en esta actitud —cualesquiera que sean las intenciones de estas personas— el hecho de colocarse fuera de la obediencia al sucesor de Pedro y de

la comunión con él y, por tanto, fuera de la Iglesia?»

Estas palabras son ciertamente graves. Y es necesario decir más: son terribles. Monseñor Marcel Lefebvre no duda que Pablo VI sea el sucesor de Pedro. Y a Pedro y a sus apóstoles en comunión con él se les ha dicho: «Todo lo que atéis sobre la tierra será tenido en el Cielo por atado. Y cuanto soltéis sobre la tierra, será tenido en el Cielo por suelto». Math. 18-18.

Pero si el Papa subraya que no pone en duda las intenciones de Monseñor Lefebvre y que, sin embargo, teme una ruptura objetiva de aquél con el Sucesor de Pedro, añade, para que sus propias intenciones sean notorias:

«Con una profunda amargura y a la vez con paterna esperanza nos dirigimos una vez más a este hermano, a sus colaboradores y a los que se han dejado arrastrar por él... les esperamos con los brazos muy abiertos. Ojalá encuentren, en la humildad y la edificación, para alegría del Pueblo de Dios, el camino de la unidad y del amor».

Por la Iglesia entera, por Monseñor Lefebvre y los que le rodean, por el mismo Padre Santo, es necesario, en este mes del Sagrado Corazón, conseguir la gracia inmensa, y a los ojos humanos imposible, de la Reconciliación.

Está muy claro que Pablo VI ha querido, a través de una declaración de líneas muy generales, que Monseñor Marcel Lefebvre supiese que el Papa condena los actos de aquellos que, a menudo en nombre del Concilio, se han constituido en asesinos de la Fe. Y así denuncia sucesivamente:

«A todos los que se creen autorizados a crear su propia liturgia, limitando a veces el sacrificio de la misa o los sacramentos a la celebración de su propia vida o de su propio combate; o aun al símbolo de su fraternidad;

— A todos los que minimizan la enseñanza doctrinal en la catequesis, o que desnaturalizan aquella al gusto de sus intereses, de las presiones o de las exigencias de los hombres, según tendencias que deforman profundamente el mensaje cristiano;

— Los que simulan ignorar la tradición viviente de la Iglesia, desde los Padres hasta las enseñanzas del Magisterio; y que reinterpretan la doctrina de la Iglesia y el Evangelio mismo, las realidades espirituales, la divinidad de Cristo, su resurrección o la Eucaristía, vaciándoles práctica-

mente de su contenido: y crean así una nueva «gnosis» e introducen de un cierto modo en la Iglesia el «libre examen»;

— Los que reducen la función específica del ministerio sacerdotal, los que quebrantan desgraciadamente las leyes de la Iglesia o las exigencias éticas postuladas por ella;

— Los que interpretan la vida teologal como una organización de la Sociedad de aquí abajo, e incluso la reducen a una acción política, adoptando, para este fin, un espíritu y unos métodos o prácticas contrarios al Evangelio».

Aparece claro: Pablo VI, al tomar con tanto cuidado la posición de firmeza que describe frente a los modernistas y progresistas, hace un acto de humildad que Monseñor Lefebvre —estoy seguro— no subestimará. Porque el Papa, puede decirse, condena solememente aquí, ante los Cardenales del mundo entero, los mismos errores que Monseñor Lefebvre rechazaba esencialmente en una declaración fechada el 21 de noviembre de 1974.

Monseñor Lefebvre rechazaba una tendencia neo-modernista y neo-protestante, de novedades destructoras de la Iglesia; la liturgia opuesta a la ortodoxia y al magisterio de siempre; la catequesis nacida del liberalismo; la disminución de la fe católica; y aseguraba adherirse firmemente «a todo lo que ha sido cocido y practicado en la fe, las costumbres, el culto, la enseñanza de catecismo, la formación del sacerdote, la institución de la Iglesia» según la tradición viviente de ésta. De ningún modo hemos de creer casualidad que, en este discurso, el Papa Pablo VI reafirme precisamente estos mismos puntos, casi en el mismo orden; y condene ante el Consistorio precisamente lo que Monseñor Lefebvre afirma no poder aceptar.

Es, pues, notorio que el Papa no puede aceptarlo tampoco. Así lo dice. Lo declara solemnemente en la circunstancia misma en que llama, con los brazos muy abiertos, a Monseñor Lefebvre a que vuelva a él.

Bien entendido que, aun considerando todo esto, los obstáculos son considerables. Aunque no son absolutamente irremontables.

Pienso que el obstáculo principal es que, según el criterio de Monseñor Lefebvre, en el Concilio y en las reformas que de él se han derivado, se encuentra el pretexto, o, en rigor, la raíz de todas las desviaciones, errores o abominaciones, que él deplora y recusa. Para proteger de ellos a

la Iglesia, cree que no se pueden aceptar determinadas actuaciones del Concilio ni las reformas que de él se han derivado.

Según las decisiones del Papa de Roma, este Concilio, su aplicación y las reformas de él derivadas, no solamente son válidos (a despecho de sus imperfecciones, sus pasos en falso, las utilizaciones fraudulentas que él conoce, denuncia y condena), sino que constituyen una etapa indispensable en la vida de la Iglesia. En un mundo que se ha hecho extraño y aún hostil a Cristo, a la actitud anterior, plenamente justificada en la época de protección y de defensa de la Cristiandad, debe suceder un esfuerzo de evangelización y de santificación como en los tiempos de los primeros cristianos.

Es un problema que conocemos bien. «L'Homme Nouveau», desde el comienzo del Concilio, no ha cesado de seguir la línea definida por el Papa: hemos aceptado el Concilio. Le hemos seguido. Hemos aceptado su espíritu. Sin embargo, no hemos cesado de luchar, ni un solo día, para que este concilio y sus aplicaciones siguieran en la línea de la sola y única tradición católica. Nos ha ocurrido a veces, ante ciertas situaciones, tener que callar, e incluso sentir el corazón oprimido, y hasta roto. Hemos visto, de año en año, que el Papa mantenía la Fe por el Credo, por el enderezamiento explícito y detallado del catecismo holandés, por la publicación de la Encíclica **Mysterium Fidei**. Hemos visto como el Papa salvaba la naturaleza humana con la Encíclica **Humanae Vitae** con la declaración **Persona Humana**, con su toma de posición sobre el aborto. Le hemos visto salvar el celibato eclesiástico con la Encíclica **Sacerdotalis celibatus** y con un Sínodo en el que la acción del Espíritu Santo se manifestó casi sensiblemente. Le hemos visto honrar a la Santísima Virgen de manera inolvidable, proclamándola Madre de la Iglesia, y bajo este aspecto, el segundo Concilio Vaticano completa y corona el concilio de Efeso, que la había proclamado Madre de Dios.

¿No está hecho todo? Es verdad. El Papa lo sabe y ha inscrito la catequesis en el calendario del próximo sínodo. Los problemas litúrgicos han dado lugar a extrañas tentativas, como, por ejemplo, la primera redacción del artículo 7 del Ordo. El Papa lo ha hecho corregir. Van a seguir otros documentos, con los cuales la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, continuará restaurando la situación del interior, enderezando o rectificando

lo que todos los enemigos de Jesucristo han tentado abatir o desviar.

Esta es nuestra esperanza, ya en parte confirmada. Y ésta es la esperanza del Papa que, como lo he escrito otra vez, no es «inapelable». Como todo hombre, él también puede pecar. Pero, como todos sus Predecesores, es «infalible» para mantener la fe y las costumbres.

Y no ha fallado en el empeño. En una soledad que puede imaginarse, cuando se conoce la situación; ante una evolución mundial dramática, no ha perdido jamás la esperanza. Hoy, ante nuestros ojos, confirma la fe de sus hermanos en el episcopado, según la plegaria de Cristo por Pedro.

Ya he dicho bastante para que cada una y cada uno de los que me leen comprendan lo que está en juego. Es verdad —creo yo— que el seminario de Ecône es quizás uno de los pocos que no están gravemente amenazados por los errores o las prácticas que el Papa acaba de condenar ante los Cardenales. Pero es verdad también que

ningún hombre en el mundo puede hacer que la sociedad vuelva a ser la cristiandad de otros tiempos sin un nuevo impulso apostólico. Ningún hombre en el mundo puede hacer que el Concilio no haya existido. Ningún católico en el mundo puede negar al Papa la autoridad legítima de gobernar la Iglesia.

A todos los que me leen me atrevo a pedir que, en este mes del Sagrado Corazón, recen cada día el santo rosario por las intenciones de la Iglesia, de su túnica sin costura, de todos sus pastores, para que, de una prueba tan grande, brote una unidad más grande, un fervor más grande, un Amor mayor.

Porque el Espíritu Santo está en la Iglesia.

MARCEL CLEMENT

(Tomado de la Revista «Iglesia Mundo», original de «L'Homme Nouveau»).



MAS SOBRE «SENTIR CON LA IGLESIA»*

* A petición de varios suscriptores reproducimos este artículo publicado ya, dada su permanente actualidad.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Cada día se hace más urgente volver los ojos a Roma; y fijarlos en la suprema Cátedra de la verdad, para sentir sincera y plenamente con la Iglesia.

Es la única solución para el remedio de todos los errores doctrinales y de todas las desviaciones morales de nuestra época.

Y es también la única solución para que no nos suceda lo que ya advertía San Pablo a los cristianos de la primitiva Iglesia: «que no andemos fluctuando de acá para allá, dando vueltas a todo viento de doctrina..., cayendo en las añagazas de la seducción» (Eph., 4, 14).

Pero ahora, ¿quién habla tan sólo de *vientos*, cuando vemos y palpamos la tristísima realidad que se expresa en el popular adagio: «Quien siembra vientos, recoge tempestades»?

No otra cosa que recias y continuas tempestades son los que agitan y revuelven el mar de la vida en nuestros días; tempestades son las que ponen en peligro de naufragio a innumerables piraguas; canoas y barquillas de conciencias individuales; y también a barcas, barcazas y aun navíos de alto bordo de no pocos Institutos Religiosos y de Movimientos Sacerdotiales; y tempestades son las que azotan la misma Nave de Pedro... Tan sólo el Augusto Timonel se mantiene firme y seguro, asistido por el Espíritu de la verdad; pero levantando de continuo su alma afligida desde el mar al Cielo, para pedir la salvación de los hijos de la Iglesia, puestos en inminente peligro de zozobrar; y bajándola del Cielo al mar, para dirigir el salvamento y evitar los totales naufragios.

De entre estas tempestades, cosecha funesta de vientos anteriormente sembrados, hay una muy fuerte y peligrosa que está poniendo en trance de hundirse, o por lo menos de perder la ruta de la verdad, a muchos cristianos, y aun a sacerdotes y religiosos.

Es la tempestad del Socialismo, que en sus actuales varias formas, pero siempre ideológicamente opuesto a la fe y a la vida cristiana, se ha infiltrado por múltiples grietas, hasta llegar a tomar sus posiciones en el seno mismo de la Iglesia.

Pero, ¿quiénes son los que han abierto esas grietas, sino muchos hijos de la misma Iglesia, que dando la espalda a la que es su Madre y Maestra, se están volviendo al Socialismo, para buscar en él lo que tan equivocadamente piensan que no encuentran en la Iglesia Católica?

Y ¿qué es lo que dicen no encontrar en Ella? Comienzan por reducir «la cuestión social», que es tan

compleja, y tiene aspectos y problemas de muy variado origen, índole y forma, a una sola cosa: «la injusticia social». No ven en el mundo actual más que opresores y oprimidos. Y dicen que la Iglesia no ha sabido o no ha podido remediar esa injusticia social; no se ha opuesto a los opresores; no se ha vuelto a los oprimidos. Y añaden que eso que la Iglesia de Cristo no sabe o no puede hacer, lo hace el Socialismo, o se puede esperar de él.

Este es el fondo del asunto; ésta la idea que *subyace* en todos los movimientos de preferencia por el Socialismo, o de acercamiento a él. Ciento que no todos los que así proceden se atrevan a formular en toda su crudeza la equivocadísima afirmación; otros la indican a medias o como entre dientes; mas algunos, los más osados, se atrevan a proferirla paladianamente.

El hecho de esta tempestad espiritual, ideológica y práctica, es innegable. De él están llenas las revistas y los libros de nuestra época; él pulula en reuniones, convivencias y congresos, y aun, por desgracia, se advierte su presencia en homilías y conferencias de sacerdotes.

El año 1973, un grupo de doscientos cristianos, reunidos en Ávila, expresó su «voluntad de vivir la fe desde una opción de clase marxista». Lo mismo y con idénticas palabras proclamaron más de doscientos cincuenta cristianos en unas Jornadas tenidas en Perpiñán, el año 1974; añadiendo que se movían a tal decisión por el hecho de que tenían por delante el ejemplo de los dos mil «cristianos socialistas» que reunidos en Bolonia el año 1973, habían afirmado sin rebozo: «Socialistas somos, en cuanto cristianos; que optamos por el Socialismo, como solución de la injusticia social.» Se va, pues, formando como una especie de «Internacional socialista cristiana».

Hasta se ha dado el triste y lamentable caso de que en una reunión de religiosos se tomó el acuerdo de «que se acepte para algunos de ellos, especialmente los que ejercen su apostolado en el mundo obrero o universitario, una opción por el Socialismo; en el sentido de que dentro del abanico de soluciones al problema de la injusticia social, tengan la posibilidad de aportar su fe a la búsqueda socialista».

Pero mientras suceden estas cosas tan tristes y penosas, no cesa la Santa Iglesia de levantar su voz, para que sus hijos no se aneguen en el hirviente oleaje de esta tempestad socialista.

Ya durante el Concilio Vaticano II, Monseñor Ha-

kin emitió el siguiente juicio, adoptado después por el Manifiesto de 18 Obispos del Tercer Mundo: «Los cristianos tienen el deber de demostrar que el verdadero Socialismo (por decirlo así) es el Cristianismo vivido integralmente, en el justo reparto de los bienes y en la fundamental igualdad de todos.»

Y el Papa Pablo VI, en su «Octogesima adveniens», número 31, nos habla del atractivo que, con demasiada frecuencia, sienten algunos cristianos por el Socialismo; descubre las insidiosas tentaciones con que son inducidos hacia él; y recomienda prudencia lúcida ante las vinculaciones de las diversas evoluciones del Socialismo con *ideologías incompatibles con la fe*. Y así, o de parecida manera, el mismo Pablo VI en múltiples ocasiones; y con él Obispos muy doctos y prudentes.

Al recordar todo lo dicho hasta aquí, no ha sido nuestro intento desarrollar ampliamente y hacer ver en su ingente magnitud la realidad terrible de la tempestad del Socialismo, que agita y revuelve ahora una gran parte del mar por donde navega la Iglesia de Cristo. Y si hemos constatado el hecho innegable de esta tormenta, y nos hemos referido a la voz de la Iglesia sobre este hecho, su gravedad y sus peligros, ha sido tan sólo para sacar la consecuencia de que realmente, como decíamos al comienzo, se hace cada día más urgente «sentir con la Iglesia», como única solución para no naufragar en esa tan terrible tempestad, lo mismo que en las demás que agitan y revuelven ahora el mar de nuestra vida.

Vamos, pues, a completar lo que expusimos en un artículo anterior sobre «Sentir con la Iglesia», a propósito de las admirables Reglas que acerca de este punto, tan capital en la vida cristiana, nos dejó

San Ignacio, al final de su Libro de los Ejercicios. Es decir, vamos a fijar nuestra atención más detenidamente en los principios básicos que señala el mismo San Ignacio para la práctica del «sentir con la Iglesia»; y esto nos llevará a ahondar más y más en las motivaciones teológicas que, como en sus profundas raíces, tiene en la palabra de Dios nuestro amor verdadero y nuestra docilidad obediente a la Iglesia.

Es cosa sorprendente advertir que los tres aspectos que el Misterio de la Iglesia tiene en la divina revelación, esos mismos tres aspectos son los que nos propone San Ignacio en sus Reglas, como motivos del todo eficaces, para que en todo sintamos con la Iglesia. A saber: la Iglesia, Madre nuestra; la Iglesia, Esposa de Cristo y su Cuerpo Místico, y la Iglesia, vivificada por el Espíritu Santo. Cada uno de estos tres títulos, y más los tres juntos, son motivos sumamente poderosos y a la vez muy suaves, y por lo mismo grandemente eficaces, para que amemos y obedezcamos a la Iglesia, pensando como Ella y sintiendo como Ella.

Vamos a verlo en compendiosa visión; y así quedará patente que las llamadas vulgarmente «Reglas para sentir con la Iglesia» —pero que en el texto original de San Ignacio llevan el título, mucho más expresivo de la amplitud y profundidad teológica de su significado: «Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las Reglas siguientes— tienen, a la luz de sus normas fundamentales y principios teológicos, un valor trascendente y una adaptabilidad y aplicación perfecta a las circunstancias de todos los tiempos; y por lo mismo son de suma actualidad en la crisis de la hora presente.

1.º LA IGLESIA, SANTA MADRE NUESTRA

El fundamento teológico de las Reglas de San Ignacio no es otro, ni podía ser otro, que el Misterio divino-humano de la Iglesia.

Este Misterio puede decirse que ha sido siempre la piedra de escándalo en la que han tropezado todas las rebeldías contra la verdadera Iglesia, de que nos habla la Historia. Y de ahí se puede deducir la profundidad del pensamiento de San Ignacio, al establecer la gran verdad de este Misterio divino-humano de la Iglesia de Cristo, como base teológica de sus Reglas «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener».

Y con certeza visión de la sublime realidad del Misterio de la Iglesia, nos propone San Ignacio que, ante todo, la Iglesia es «nuestra santa Madre».

El Concilio Vaticano I nos describe a la Iglesia, en cuanto continuadora de la obra del Divino Redentor, engendrando sin interrupción a la Iglesia, en cuanto congregación de los fieles cristianos. Desde el punto de vista de la causa eficiente, la Iglesia es la que

hace a sus miembros; y desde el punto de vista de la causa material, la misma Iglesia está constituida por sus miembros.

La Iglesia, pues, en el aspecto activo de engendradora de sus hijos, es la que llamamos continuadora de la obra del Redentor y verdadera Madre nuestra; y así es anterior, al menos con prioridad de naturaleza, a la misma Iglesia como Congregación de los fieles cristianos. Esta sublime virtud maternal la obtiene la Iglesia con los poderes Mesiánicos de Cristo, como nos lo da a entender el mismo Vaticano I, cuando dice que «para perpetuar la obra de la Redención, Jesucristo instituyó la Iglesia, congregando a los Apóstoles y confiándoles sus mismos poderes Mesiánicos, a fin de que ellos reuniesen a todos los creyentes y los mantuviesen unidos entre sí con los vínculos de una misma fe y caridad. Y para que sin cesar esto mismo se siguiese haciendo hasta la consumación de los siglos, confió sus Apóstoles la plenitud de sus poderes, que habían de transmitir íntegros y sin in-

terrupción hasta el fin del mundo» (Conc. Vatic. I, Const. de Eccl.; Denz., n.º 1821).

Explicando el Papa León XIII la misma doctrina, se pregunta: «¿Cuál fue el primario y primordial intento de Cristo al fundar su Iglesia?» Y responde: «Lo que pretendió, lo que quiso Cristo de la Iglesia por Él fundada y al fundarla, fue esto: transmitirle, para que continuara ejerciéndolos, el mismo oficio y el mismo mandato que Él había recibido del Padre. Esto es lo que determinadamente se había propuesto hacer, y esto es lo que realmente hizo... Y por eso, antes de su Ascensión a los Cielos, envió sus Apóstoles a predicar y difundir su doctrina, con los mismos poderes con los que Él había sido enviado del Padre» (Mt., 28, 18 ss.) (Enc. *Satis cognitum*).

Pío XII vuelve a recalcar las mismas enseñanzas, afirmando taxativamente que la triple potestad de enseñar, de conducir a la santidad y de regir... ha sido establecida por el Divino Redentor como la ley primaria o fundamental de toda la Iglesia. «De esta suerte, añade, por mandato del mismo Salvador, se perpetúan en la Iglesia los mismos poderes de Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey; y de tal manera que el mismo Cristo es el que vive en su Iglesia, y el que por Ella instruye, santifica y gobierna a los hombres.»

De donde concluye el mismo Sumo Pontífice que en el ejercicio de sus tres poderes la Iglesia «resplandece sin mancha alguna, como Madre piadosa, en los Sacramentos, por los que engendra y alimenta a sus hijos; en la fe que en todo tiempo les enseña y conserva incontaminada; en las leyes santísimas y en los consejos evangélicos, con que los amonesta y gobierna; en los demás dones celestiales y carismas, mediante los cuales, con su inexhausta fecundidad, da a luz legiones de mártires, de vírgenes y de con-

fesores; sin descuidar por eso a los miembros que enfermos o heridos languidecen, por los que ora todos los días, y a los que sin cesar ofrece sus cuidados con amor a la vez fuerte y materno» (Enc. *Mystici Corporis*).

Y profundizando aún más en el misterio de la verdadera maternidad espiritual de la Iglesia, lo explica Pío XII recurriendo al concepto de instrumentalidad, que Santo Tomás desarrolló tan maravillosamente con relación a la eficacia santificadora de los Sacramentos de la Iglesia (S. Th., 3, q. 64). En esta doctrina del Doctor Angélico, aducida por Pío XII, tenemos explicada la verdadera razón de causalidad, o sea de agente como causa, que ejerce la Iglesia en la obra de nuestra santificación para nuestra salvación eterna. En esto consiste su función verdaderamente maternal y el fecundísimo vigor de Madre que el Hijo de Dios le comunicó para regenerar a los hombres, o sea para engendrarlos en Cristo; para alimentar y fortalecer continuadamente su fe y su vida sobrenatural de la Gracia, en orden a la de la Gloria; y para realizar en ellos la imagen perfecta del Modelo de todos los predestinados.

Este es el consolador y eficaz aspecto del Misterio de la Iglesia que nos propone San Ignacio, cuando en sus admirables Reglas nos recuerda que Ella es «nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica». Más aún, el mismo San Ignacio, al darnos la doctrina céntrica de sus Ejercicios, que es la de las «elecciones», nos propone la realidad de que la Iglesia es nuestra santa Madre, como poderosísima razón teológica para movernos a obedecerla y seguirla plena y perfectamente: «no eligiendo de las cosas, en sí buenas o indiferentes, sino aquellas que militan dentro de la Santa Madre Iglesia Jerárquica».

2.º LA IGLESIA, ESPOSA DE CRISTO, Y SU CUERPO MÍSTICO

Este segundo título incluye dos imágenes distintas, con las que Dios nos ha revelado el Misterio de la Iglesia de Cristo. Son las imágenes de Esposa y de Cuerpo Místico, que tenemos expuestas principalmente en los escritos de San Pablo.

San Ignacio, en las Reglas de que tratamos, sólo menciona la imagen de Esposa; pero por otros escritos tuyos sabemos que le era también familiar la imagen de Cuerpo Místico. En su preciosa carta al Emperador de Etiopía, sobre el Primado Romano y la unidad de la Iglesia, junta el Santo ambas imágenes cuando escribe así: «La Iglesia Católica no es sino una en todo el mundo... Como Cristo, su Esposo, es uno, así la Iglesia, su Esposa, no es más que una...; y fuera de ella no hay bien ninguno; porque quien no estuviere unido con el Cuerpo de ella, no recibirá de Cristo Nuestro Señor, que es su Cabeza, el influjo de la gracia que vivifique su alma y la disponga para la bienaventuranza. Y es beneficio singular ser unidos al Cuerpo Místico de la Iglesia Ca-

tólica, vivificada y regida por el Espíritu Santo, que la enseña toda verdad.» Para San Ignacio, el paso de la imagen de Esposa a la de Cuerpo Místico es obvio; y una imagen viene como a completar la otra.

Lo mismo hace San Pablo, que es el autor inspirado por Dios, que ha dado a las dos imágenes el más amplio fundamento revelado. Escribiendo a los fieles de Efeso, vemos que entrelaza y funde de propósito una imagen con la otra, cuando dice: «El varón es Cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia. El es el Salvador de su Cuerpo, etc. (Eph., 5, 23-29). El paso de una imagen a la otra es natural y espontáneo, como se ve en San Pablo; sin embargo, cada una tiene su matiz de significación propia, que aunque en el fondo significan la misma cosa, se complementan muy bien para revelarnos mejor el profundo Misterio de la Iglesia.

En ambas imágenes se nos revelan dos ideas centrales: la de la unión íntima e indisoluble que existe entre Cristo, Esposo, y la Iglesia, su Esposa; y la de

Cristo, Cabeza, que la sustenta, vigoriza y gobierna.

a) En la imagen de Esposa, que tantas veces hallamos en la Biblia y en San Agustín, la idea de unión tiene por base más bien el amor consumado y mutuo, que existe entre Cristo y su Iglesia; amor que el Espíritu Santo nos describió maravillosamente en el Libro del Cantar de los Cantares.

Por un verdadero exceso de amor, Cristo eligió a su amada Iglesia; la hizo objeto de sus más sublimes promesas; la elevó a la dignidad incomparable de su divina gracia; la asoció a su magnífica obra de Redención y Salvación del género humano; la hizo confidente de sus más arcanos secretos, haciéndola capaz de adivinar sus más íntimos quereres y de corresponder plenamente a las ternuras de su amor; y llegó finalmente a sacrificarse por Ella, hasta el heroísmo de la Cruz, en donde hizo que brotase a la vida, como su Esposa, de lo más íntimo de su Sagrado Corazón: «Ex Corde scisso Ecclesia, Christo iugata, nascitur» (Himno del Oficio del Sd. Corazón).

Por el amor mutuo que existe entre Cristo, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, hay una tan perfecta unión y conformidad de voluntades, de sentimientos, de criterios, de aspiraciones en ambos, que todo lo que signifique frialdad, desestima o insubordinación a la Iglesia de Cristo, incluye infaliblemente, como secuela, la tibiaza, la indiferencia o la rebeldía respecto de su Divino Esposo. De donde se sigue que por sólo el motivo de esa perfecta unión de pensamientos y criterios, de sentimientos, amores y voluntades, deduzca certeramente San Ignacio la necesidad de nuestra plena docilidad y obediencia a la Iglesia Jerárquica; o sea, como el Santo se expresa, «de que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas». (Regla 13.)

La idea de Cabeza, que encierra también la imagen de la Esposa, denota más bien la autoridad y dominio que a Cristo corresponden como Esposo respecto a la Iglesia; y la sumisión y subordinación correlativas con que Ella debe obedecer y cumplir sus voluntades y mandatos, como corresponde a su condición de verdadera Esposa de Cristo Nuestro Señor. Bajo este aspecto la Iglesia se halla también estrechamente unida e intimamente compenetrada con Cristo en los ideales y propósitos de enseñanza, santificación y buen gobierno de todos los creyentes. Es la fiel compañera de Jesucristo, la ejecutora dócil de sus designios y planes, la incansable propagadora de su obra de Redención y Salvación, la dispensadora solícita de sus gracias, la Madre más amante de sus hijos, la enamorada Esposa, en todo identificada por caridad con su Dueño y Señor. (Cfr. Ch. Journet, *L'Eglise du Verbe Incarné*.)

Esta idea de Cabeza, inherente a la imagen bíblica de Esposa, no hace más que corroborar los resultados de la idea anterior. Porque siendo la Iglesia tan dócil en todo a Cristo, a fuer de fiel y obediente Es-

posa, y estando siempre tan al mandato y querer de su divino Esposo, que con la eficacia de su infinito poder no puede permitir que Ella nos desvíe o nos defraude; síguese necesariamente, que obedeciéndola nosotros perfectamente, y siendo enteramente dóciles a sus enseñanzas y consejos, a sus orientaciones y decisiones, nunca fallaremos ni desfalleceremos en el camino que nos conduce a Dios; y síguese, en otras palabras, que «depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la... Iglesia Jerárquica», como nos lo recomienda San Ignacio (Regla 1.^a).

b) La imagen de Cuerpo Místico. La sublime realidad divina de que el Hijo de Dios se hizo Hombre para formar con todos los hombres que se admiriesen a El por la fe y el Bautismo un maravilloso Cuerpo, del que El fuese la Cabeza y nosotros los miembros, es una verdad que estuvo oculta aun a los Patriarcas y Profetas de la Antigua Alianza, pero que el Espíritu Santo la reveló en la Nueva Alianza, por medio principalmente de San Pablo.

Esta imagen del Cuerpo Místico nos introduce más intimamente en el Misterio de la Iglesia que la imagen de Esposa. En la imagen de Cuerpo Místico la Iglesia ya no se considera, con relación a Cristo, como una persona distinta, como lo es la Esposa ante su Esposo, sino como algo que no forma con El sino un solo organismo viviente, un solo Cuerpo sobrenatural; lo que San Agustín llamó «el Cristo total», del que El es la Cabeza y la Iglesia el Cuerpo.

Los grandes teólogos católicos, sobre todo San Agustín y Santo Tomás, han desarrollado magníficamente esta doctrina, de la que el Doctor clásico es San Pablo. Y cuando en nuestros tiempos se había oscurecido en las mentes de no pocos cristianos la luz de esta gran verdad y de sus graves consecuencias prácticas, ha querido la amorosa Providencia del Señor que esta soberana revelación divina nos fuese explicada en toda su grandeza teológica y en todos sus aspectos prácticos por dos grandes Papas, León XIII y Pío XII. Lo hizo el primero en su Encíclica *Satis cognitum*; y más extensa y plenamente el segundo en su preciosísima Encíclica *Mystici Corporis*. A ellos, y sobre todo a la segunda, nos habremos de remitir ahora, para no alargarnos en exceso.

Tan sólo indicaremos que la doctrina teológica que lleva consigo la soberana imagen de Cuerpo Místico, nos conduce más intimamente a los fundamentos teológicos que dan valor perenne y dan actualidad vivísima a las Reglas de San Ignacio para «sentir con la Iglesia». Porque si la unión que existe entre Cristo y la Iglesia es tan íntima que de ambos no viene a resultar más que una Persona mística, como dice Pío XII; síguese necesariamente la obligación ineludible de obedecer en todo y por encima de todo a la Iglesia Jerárquica; porque al fin es la misma Persona invisible de Cristo quien nos manda por su

Iglesia visible; y así es que obedeciendo o desobedeciendo a la Iglesia, a quien en verdad obedecemos o desobedecemos es a Cristo, como nos lo advirtió el Señor, cuando dijo a sus Apóstoles: «el que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia» (Lc., 10, 16). Y por eso, lo que dice San Ignacio, que «entre Cristo y la Iglesia es el mismo espíritu que nos gobierna», resulta ser tan verdadero, que ese mismo espíritu viene a ser la misma Persona del Salvador; de tal manera que si en algo resistiéramos a su Iglesia, nos podría con verdad decir el Señor lo que dijo a Saulo en el camino de Damasco: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Act., 9, 4).

De donde resulta que si no queremos dificultar o destruir la obra del mismo Cristo en la Iglesia, de-

bemos adoptar una actitud de absoluta y perfecta docilidad a todas esas actuaciones del mismo Señor en Ella. Y esa nuestra docilidad y obediencia las hemos de ejercer, ante todo, respecto a las actuaciones jerárquicas, de cuya legitimidad no nos es posible dudar; cuales son las que se nos manifiestan en las enseñanzas, en los actos de culto y en los mandatos de los Ministros de Cristo en su Iglesia. Tal es exactamente la docilidad perfecta a la Iglesia Jerárquica, que tan encarecidamente nos recomienda San Ignacio, cuando nos dice que de las cosas, en sí buenas o indiferentes, no elijamos sino las que militan dentro de la Santa Madre Iglesia Jerárquica. (Para tomar noticia de qué cosas se debe hacer elección.)

3.º LA IGLESIA, VIVIFICADA POR EL ESPÍRITU SANTO

El tercer aspecto del Misterio de la Iglesia, que señala San Ignacio para movernos segurísimoamente a «sentir con la Iglesia», es que el Organismo sobrenatural, o Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, está vivificado por el Espíritu Santo. Es el misterio de la vida de unión con el mismo Dios en la Iglesia, como nos enseña San Ignacio. También este punto lo habremos de exponer sucintamente.

Este misterio de nuestra vida de unión con Dios, por conocimiento y amor, y en la Iglesia, es el que preferentemente nos propone el Discípulo predilecto de Jesús, San Juan; y es el que con primaria preferencia destaca el Doctor Angélico, haciendo de él como el centro y ápice de los otros dos aspectos del Misterio de la Iglesia, en perfecta consonancia con el plan grandioso de su Suma Teológica.

Según Santo Tomás, la Iglesia es un verdadero organismo vivo, animado o vivificado por un principio vital, que es el mismo Espíritu Santo. Tal es también el profundo pensamiento de San Ignacio, al decirnos que el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia Católica, está vivificado y regido por el Espíritu Santo; «porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa Madre Iglesia» (Regla 13.º)

San Ignacio, con Santo Tomás, da por supuesto que la vida peculiar y propia de la Iglesia es verdaderamente vida divina; y como de la vida divina sólo puede ser principio y agente el mismo Dios, por eso ambos enseñan que el alma del Cuerpo Místico es el Espíritu Santo; afirmación clásica en la tradición doctrinal de Padres y Teólogos; pero que el Doctor de Aquino acertó a incorporar, como elemento principalísimo, a su pensamiento sobre la Iglesia. Para él la vida de la Iglesia es, ante todo, la vida de las almas típicamente orientadas hacia Dios; y el alma y fuerza motora de toda esa vida es el Espíritu Santo. En esto es en lo que él ve la primera y más profunda noción del Misterio de la Iglesia.

Por ser el alma de la Iglesia, bien se puede decir que el Espíritu Santo es imanente a Ella. Lo es en todos y cada uno de los fieles, con una inmanencia vital y santificadora de sus almas; por la que El es quien les hace exclamar con sentimientos de verdaderos hijos: «Abba, Padre» (Rom., 8, 15; Gal., 4, 6). Pero se da, además, una inmanencia del Divino Espíritu en la Iglesia, que se puede llamar funcional o jerárquica, en virtud de la cual El ejerce también, y de un modo principal o primario, las funciones jerárquicas. Es aquella inmanencia vivificante que formalmente prometió el Salvador a sus Apóstoles, cuando les dijo: «Esperad en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto. Porque yo os envío al Paráclito, el prometido por el Padre, el Espíritu de la verdad, para que os enseñe y sugiera todas las cosas que os he dicho, y permanezca con vosotros para siempre» (Lc., 24, 47-79; In., 14, 16, 17, 26). A esa inmanencia vivificadora del Espíritu Santo en sus ministros aludía inequívocamente el divino Maestro, cuando decía a sus Apóstoles: «En aquel día (o sea, después de recibir el Paráclito el día de Pentecostés), conoceréis que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros; y que el Espíritu Santo permanecerá con vosotros y estará también en vosotros» (In., 14, 17, 20). Y por eso, «en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros» (Mt., 10, 19, 20).

Esta presencia inmanente y esta actuación real y continua del Espíritu Santo en la Iglesia es también la más profunda, la más decisiva y la última de las razones teológicas que da San Ignacio para movernos a obedecer plenamente a la Iglesia. Ya no es sólo la razón de que el Papa y los Obispos que en ella nos gobiernan son los legítimos representantes de Jesús, y los embajadores autorizados por el Mesías o Legado de Dios; ni es solamente la razón de que esos Jefes son los órganos auxiliares o instrumentos vi-

sibles por cuyo medio nos sigue enseñando, santificando y gobernando el Dios hecho Hombre, ni siquiera es la tan profunda razón de que, constituyendo la Iglesia una sola persona mística con Cristo, en sus mandatos, como en sus enseñanzas, nos hallamos al fin ante la voluntad manifiesta de la persona del Redentor; sino que la razón última y motivo más eficaz es que el mismo Espíritu Santo en persona, «el Señor y el Vivificador», el Amor inefable y sustancial del Padre y del Hijo, el alma misma de la Iglesia, es quien demanda nuestra total obediencia. El «sentido verdadero de la Iglesia, que en la Iglesia debemos tener, que dice San Ignacio, no puede ser otro que el mismo sentir del alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo, por quien de la manera más íntima y vital, «es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia», como enseña San Ignacio. —(Cfr. Joaquín Salaverri, S. I., *Motivaciones históricas y significación teológica del ignaciano "sentir con la Iglesia"*, en «Estudios Eclesiásticos», vol. 31, enero-marzo, 1957; páginas 139-171.)

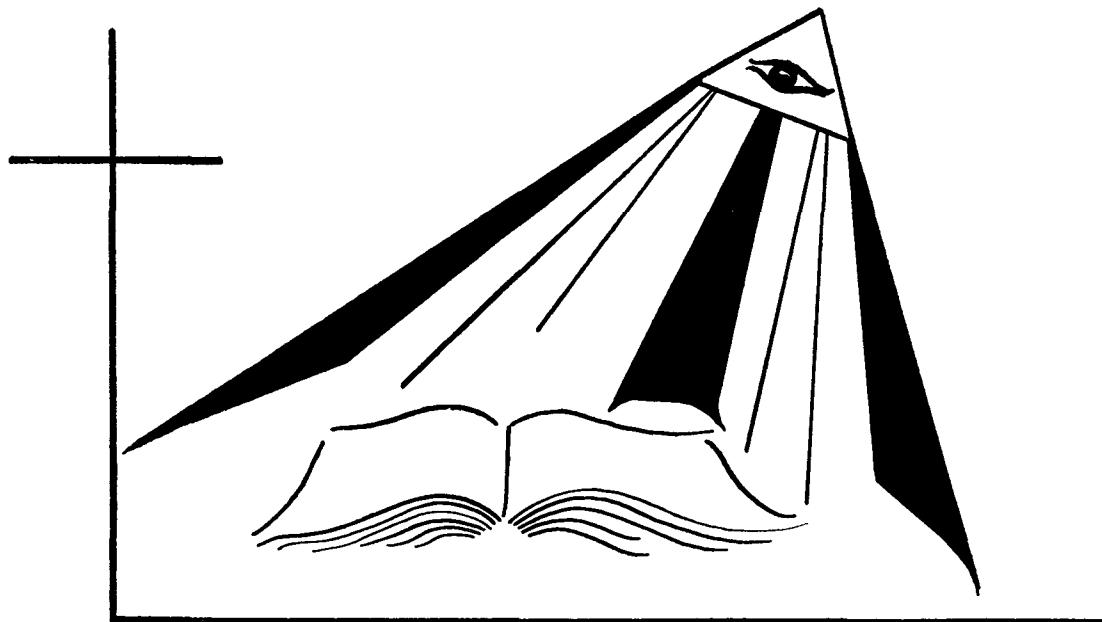
Hemos aducido en esta exposición, enseñanzas preciosas de los dos grandes Teólogos y Doctores de la

Iglesia, San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Terminemos recordando unas memorables palabras de ambos.

Al haber caído enfermo de muerte el Doctor Angélico en el Monasterio Cisterciense de Fossanova, cerca de Roma, cuando, llamado por el Papa, iba a tomar parte en el Concilio II de Lyon; y al ir a recibir el Santo Viático, dijo: «Te recibo, oh precio de la redención de mi alma; por cuyo amor he estudiado, he pasado vigilias, he trabajado. Te he predicado y he enseñado sobre Ti. Nunca dije nada contra Ti. Ni en mi parecer soy pertinaz. Pero si algo he dicho mal acerca de este Sacramento, todo lo dejo a la corrección de la Santa Romana Iglesia, en cuya obediencia paso ahora de esta vida» (Acta Sanctorum, 7 de marzo, página 675).

Y San Agustín nos legó este testimonio de su espíritu: «No creería yo al Evangelio, si no me convenciera la autoridad de la Iglesia Católica» (Contra episto. Manich., 5, 6).

Así vivieron nuestros insignes Padres y Maestros en la fe. Siguiendo sus pasos, vamos seguros.



Entre els abets de la Verna

«La sua cella é nel bosco...»

Amb nou plaer he llegit
l'opuscle per mi adquirit
al sagrat mont de la Verna
l'estiu del cinquanta sis
quan, trescant pels llocs d'Assís,
vaig degustar el grat encís
de benanença superna.

El llibret, d'estil senzill,
trespua sovint el brill
d'una santedat fraterna:
de Francesc la pobretat,
de Clara la humilitat.

Il Beato, és titulat,
(fra) *Giovanni della Verna*.



Del seu Pare, el gran Signat,
fra Joan volgué el legat
de l'amor, i en fou llanterna,
amor com de serafí
que pel pobre i pel mesquí

com pel Crist el consumí,
i s'embalsamà la Verna.



En un full: per l'abetar
la xilografia apar
de sa cella que en l'eterna
majestat dels arbres vells
mostra sos caires nanells;
sols hi manquen vols d'aucells
puis en cria molts la Verna.

Quan jo l'*Onus diei* (1) fiu
un jorn, su-llà, llur xiu-xiu,
que amb so de fullate alterna,
m'omplí de distracció
i em robà l'atenció,
assegut al portaló...
Un dels records de la Verna.

B. GUASP, Pr.

1) Obligació diària pels sacerdots de resar l'ofici diví del Breviari.

INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

SEPTIEMBRE

GENERAL: «Que todos seamos más conscientes de la responsabilidad en procurar una mejor calidad de vida para todos los hombres».

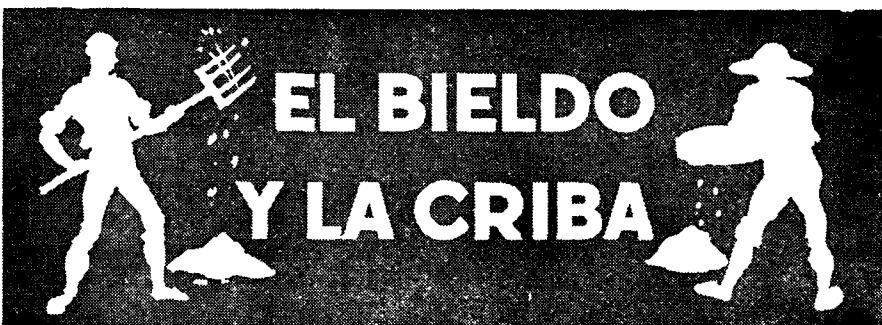
MISIONAL: «Que las naciones de América Latina encuentren los caminos para una promoción social integral».

OCTUBRE

GENERAL: «Que el deseo de orar lleve al respeto a todas las formas de oración, antiguas y modernas».

MISIONAL: «Que octubre sea verdaderamente el "mes misionero" que aumente la conciencia evangelizadora, la oración y ayuda generosa a todas las Misiones».





El 11 de septiembre de 1714

CARTA ABIERTA A SANTIAGO UDINA

Querido amigo:

Me mueven al diálogo tus declaraciones aparecidas en la Hoja del Lunes (2 de agosto). Me parece que contienen un juicio desenfocado sobre el sentido histórico del 11 de septiembre de 1714, y que contemplan desde una perspectiva inadecuada su trascendencia para la historia de Cataluña hasta nuestros días.

Mis convicciones y sentimientos sobre este punto las debo fundamentalmente a una convivencia de catorce años con mi maestro el P. Ramón Orlandis. «*Nosaltres no havíem sigut mai botiflers*», decía citando a su padre y como un recuerdo de su infancia. El «*nosaltres*» aludía a la serie de sus antepasados hasta los contemporáneos de la guerra de sucesión española. Habían combatido entonces a los Borbones, y según una conexión típica en Mallorca y en Cataluña, habían combatido después en favor de la causa carlista contra la monarquía liberal isabelina y alfonsina.

Estas conexiones de vivencia y de sentido experimentadas en la sucesión de las generaciones confirman el acierto de Rovira i Virgili al afirmar que hay que hallar a los herederos espirituales de los catalanes que lu-

charon de 1705 a 1714 entre los carlistas de la montaña catalana, y no entre los hombres de la Renaixensa y del catalanismo y nacionalismo catalán.

Los elementos culturales extrínsecos que influyeron en la génesis del romanticismo pudieron ser el punto de partida de interpretaciones inauténticas de nuestra tradición, que contribuyeron a desorientar al pueblo catalán, y a desmedularle. El P. Orlandis, que estimaba como dos graves males para Cataluña el catalanismo y el anticatalanismo —se definía con frecuencia a sí mismo como «supercatalanista»— expresaba duramente su descalificación del conservadurismo liberal del catalanismo regionalista en estos términos: «la política de la Lliga ha castrado a Cataluña».

Quiero dejar explícita y claramente establecidas dos afirmaciones «orlandianas» de las que me siento fundamentalmente convencido. Se refiere la primera a la orientación e ideales del alzamiento de 1705, y consiguientemente de la heroica resistencia final de Barcelona concluida el 11 de septiembre de 1714. Se refiere la segunda al temple o «*taranná*» de nuestro pueblo, que en aquellos años, pero no solo entonces, se ma-

nifestó de la forma sorprendente de que dan testimonio las fuentes contemporáneas en toda Europa.

Cataluña había escarmientado de la «acción de Francia», después de haberse alzado en 1640 contra el imitador de Richelieu en Madrid, el Conde-Duque de Olivares. A partir de 1652, reconciliada con la monarquía de los Habsburgo, que respetó su constitución histórica, tuvo como enemigo nacional a la Francia absolutista. A lo largo del reinado de Carlos II se intensifica el sentimiento de adhesión de Cataluña a la monarquía austriaca española.

En el alzamiento contra Felipe V, la lealtad dinástica hacia el Archiduque Carlos y la defensa de las libertades y leyes del Principado y de todos los pueblos de España se conexionan originariamente en un ideal y concepción del mundo que algunos historiadores han caracterizado como reaccionario y medievalizante.

Para quien se acerque a aquellos hechos a través de las fuentes contemporáneas —Castellví, Feliu de la Peña, etc.—, es patente el sentido religioso, de cristiandad medieval, de los estímulos más decisivos del alzamiento de 1705. La simpatía popular barcelonesa por el tomismo del *Estudi General* fue decisiva, según testimonio de Castellví, para inclinar la ciudad y el *Consell de Cent* al partido del Archiduque. Algunas semanas antes de la capitulación, en agosto de 1714, Barcelona imploraba el perdón divino por haber confiado en las promesas y en las alianzas de los herejes ingleses y holandeses; y prometía el rezo público del rosario y la enmienda de las costumbres, concretamente en el vestido de las mujeres, al suplicar la ayuda divina que li-

brase a Barcelona y a toda España del inminente peligro de caer bajo la esclavitud francesa.

El carácter religioso y tradicional de aquella guerra es probablemente la razón de que algunos catalanistas hayan hablado del desacuerdo histórico de los catalanes en su opción en favor de la casa de Austria. Ciertamente el que fue después emperador Carlos VI ni correspondió lealmente a la lealtad heroica de nuestro pueblo, ni mostró en su reinado en Viena servir a los ideales y tradiciones por los que habían luchado los pueblos de la Corona de Aragón y todos sus partidarios hispánicos en la guerra de sucesión. Pero no podemos nosotros aconsejar a nuestros antepasados.

Es por el contrario urgente que conozcamos los sentimientos que inspiraron una de las resistencias más heroicas de la historia. Sobre ella escribió Menéndez y Pelao: «No es ciertamente agradable ocupación para quienquiera que tenga sangre española en sus venas... ver a nuestra nación... perder hasta los últimos restos de sus sagradas libertades provinciales y municipales, sepultadas en los escombros humeantes de la heroica Barcelona».

Su testimonio es especialmente significativo, ya que políticamente aceptaría colaborar con el partido liberal-conservador de Cánovas, el que consumó la tarea centralista del Estado liberal al destruir los fueros del País vasco.

Quienes han intentado instrumentalizar el sentimiento catalán al servicio de la ideología política del liberalismo burgués o de un radicalismo sectario, han tendido a descalificar aquella lucha, atribuyéndole un ca-

rácter anecdótico y accidental. Pero tienen que ocultar para ello multitud de hechos históricos. Los catalanes habían luchado, no sólo en Lepanto sino en otras ocasiones anteriores, como voluntarios en las guerras del emperador Carlos V con los turcos; durante el reinado de Felipe II miles de catalanes lucharon en los tercios de Flandes; voluntarios catalanes estuvieron en 1682 y 1686 en Viena y en Budapest.

La antipatía contra las motivaciones del alzamiento catalán de 1705 llevó finalmente a algunos catalanistas a exaltar como precedente de la *Renaxença* la cultura catalana del siglo XVIII, borbónica y europeizante, de la que es representativa la Universidad de Cervera (*Ignasi Casanovas, S. I.*); e incluso a afirmar que la Nueva Planta de Felipe V obligó a los catalanes a mirar hacia el porvenir, al destruir un edificio político anquilosado y medievalizante (*Vicens Vives*).

Tales juicios contrastan innegablemente con la realidad. Nadie se hubiese atrevido a formularlos en los años de movilización del sentimiento popular, en la manifestación de la *Solidaritat catalana*, o en los homenajes ante el monumento de *Rafel de Casanova*. Muchos comparten hoy el juicio de Vicens Vives, pero no se atrevirían a formularlo en ambientes multitudinarios. Quien busque apoyarse en los sentimientos profundos del pueblo catalán, volverá siempre a los símbolos del *Conceller en cap*, y evocará la gloria perenne del heroísmo de los barceloneses en 1714.

La autenticidad catalana de aquella guerra tradicional se confirma si contemplamos el curso sucesivo de las actitudes de nuestro pueblo. Cataluña es,

entre todos los países de Europa, el que en más numerosas ocasiones vuelve con tenacidad insistente a la guerra popular contra el Estado racionalista del absolutismo y del liberalismo. La «Guerra gran» contra la Francia jacobina fue impulsada desde Cataluña, e incluso impuesta desde aquí a la monarquía borbónica española que se inclinaba a la alianza con la Francia revolucionaria. La guerra de la Independencia tiene en Cataluña un típico carácter contrarrevolucionario, muy explícitamente antifrancés. La «regencia de Urgel» durante el trienio liberal, la «guerra dels agraviats» contra el absolutismo fernandino, afrancesado y preilustrado, de Calomarde, la de los «matiners», después de que la boda de Isabel II con su primo cerrara el camino a Carlos de Montemolin, son exclusivas de Cataluña. Que por lo demás participó en las dos guerras carlistas clásicas con tenacidad comparable a la de Navarra, provincias vascongadas y el Maestrazgo.

La consideración de estos hechos nos lleva también al segundo de los puntos aludidos. El catalán es un pueblo fuerte. Fuerte y juicioso: «raça dretuera y forta, que unia el seny amb l'impetu» dijo Costa y Llovera. La mitología de un «seny» deformado, «moderado» y «centrista», encubre con sus tópicos la realidad del carácter auténtico de Cataluña; y genera como reacción las actitudes de «rauxa» y anarquía, ideológicamente desorientadas pero tremendamente auténticas en el temple catalán.

Algunas veces he pensado, y lo insinué en las páginas de esta revista hace muchos años (1), que sería urgente emprender algo así como un psicoanálisis

social en búsqueda de nuestro subconsciente colectivo. Porque no es raro encontrar en los gestos y actitudes del progresismo cultural de la burguesía catalana, y en la pedantería de su «gauche divine», extrañas transferencias, que parecen sugerir que en el fondo tal vez se trate de un tradicionalismo derrotado y acomplejado, encubierto por las gesticulaciones retóricas izquierdistas o por los esteticismos de un intelectualismo sofisticado.

La audacia pretendida, unida a la inconsecuencia y a la debilidad, tal vez sean el precio que se paga por el encubrimiento e inauténticidad de quienes llevan irremediablemente en su fondo, a pesar de ellos mismos, el tremendo peso de la tradición y la fuerza de Cataluña.

Estas transferencias y encubrimientos ofrecen a veces aspectos de chocante paradoja. Nietos de abuelos carlistas, «regionalistas» ellos, y que pertenecieron al «todo Barcelona» que vivió en San Sebastián o en Burgos durante la guerra, han sido a su vez abuelos de marxistas; sus nietos han heredado su «antifascismo», que se formó en aquellos años a partir de reacciones conservadoras y de atavismos «tradicionalistas»; y también su afectado «antitradicionalismo», que llegó a preferir términos y tópicos falangistas, al reconocimiento de la tradición carlista catalana que resurgía en el heroísmo del Tercio de Montserrat.

Se generó así el marxismo universitario y «botifler», que ha sido uno de los factores determinantes de nuestra situación cultural y política. Ahora los «hijos» son del P.S.U.C. y los «padres» del «pacte de dretes», o quizás del centro-izquierda democrático. En el fondo

unos y otros contribuyen a dar tono y nivel europeo a la Barcelona burguesa. En un futuro europeo, los descendientes de los que crearon, con su trabajo y con su ahorro, una industria que no hubiera sido posible sin la política protecciónista del Estado Español, serán altos empleados o ejecutivos de empresas multinacionales, propietarias de lo sobreviviente de aquella tradicional industria catalana.

Los elementos sociales rurales y menestrales, menos contaminados por las delicuescencias del romanticismo, han mostrado siempre de forma mucho más sencilla y patente el sentido de sus vivencias seculares y los rasgos de su «taranná» catalán. «La caseta y l'hortet» de Maciá expresaba inequívocamente lo que un marxista llamaría «nostalgia ruralizante». Y puede simbolizar bien, por esto mismo, la radical incompatibilidad del pueblo catalán con los ideales de un socialismo estatista y «urbanizador».

No podría terminar estas reflexiones sin expresar mi convicción de que, después de las profundas transformaciones sociales de las últimas décadas, y precisamente porque éstas han desplazado probablemente las versiones tópicas del catalanismo político, persiste más que nunca en Cataluña, en unos y otros catalanes, el temple exigente, juicioso y fuerte, más inclinado a la coherencia e incluso a la radicalidad que a las actitudes eclécticas o centristas. Contra una política de centro reaccionó nuestro pueblo, al grito de «mori Cambó», inclinándose hacia la república. Es un error histórico en el que han caído reiteradamente los políticos, el confundir la auténtica Cataluña con una delgadísima

capa social desarraigada, que se encubre con las sofisticaciones del intelectualismo catalanista o con las afectaciones del «botifler».

Delgadísima capa en la sociedad, y delgadísima también en la subjetividad de los mismos representantes de estas actitudes. Se podrá decir que los «botiflers» habrían sido los que tuvieron el sentido del futuro, pero hay que recordar que fueron filipistas porque eran «jesuíticos» (2).

Cataluña se ríe, generación tras generación de quienes sospecha que son ilustrados porque son cortesanos; liberales porque son burgueses conservadores; demócratas y europeístas por presunción aristocrática; secularizadores y laicistas porque son políticos «católicos»; de quienes son reformistas o rupturistas, porque estuvieron instalados en el sistema y en la dictadura y son ambiciosos de porvenir político; de quienes se llaman social-demócratas porque son capitalistas, o socialistas porque son socialmente distinguidos; o de los que se profesan «independientes», porque no podrían resistir a la necesidad de seguir la moda.

Con el deseo de que mis reflexiones te resulten sugerentes y evocadoras de experiencias comunes, te envío un cordial saludo con la amistad de siempre,

FRANCISCO CANALS VIDAL

Barcelona 18 de agosto de 1976

NOTAS :

(1) CRISTIANDAD, n.º 362, abril de 1961, y n.º 425-426, julio-agosto de 1966.

(2) Sobre la razón del apoyo de los jesuitas a Felipe V véase «Narraciones históricas...» de Francisco Castellví, capítulo 31, fol. 124.

LA CLAUSURA Y LA «APERTURA»

Querido lector, estoy escribiendo estas líneas sumamente impresionado. Hace pocos días, un buen amigo de la Redacción de CRISTIANDAD, y por tanto mío, era ordenado Sacerdote en el Monasterio Cisterciense de la Oliva, donde tiene previsto pasarse el resto de sus días dedicado a la Oración y a la Contemplación de la Misericordia de Dios.

Y es un hombre pleno de vigor, de empuje, de este «dinamismo» que tanto se valora hoy sobre la Tierra tanto en lo laico como en lo religioso. ¿Qué sentido tiene, pues, que un hombre así se encierre en un Monasterio?

En la ciudad donde resido, Soria, hay un Monasterio que alberga un convento de Clarisas que viven constantemente en Oración y tienen turnos de Adoración perpetua al Santísimo. Pues bien, estas santas mujeres, encerradas tras gruesos barrotes, no han salido ni salen de su convento, ni saldrán jamás por su propia voluntad. Y algunas de ellas son realmente muy jóvenes.

En nuestro mundo de «apertura» va siendo cada vez más preocupante la falta de vocaciones religiosas y muy especialmente sacerdotales; es algo que no necesita demostración, pues de sobra es sabido. Pues bien, es notorio que sea precisamente en estas vocaciones monásticas (de «clausura») en las que menos se deja sentir la crisis. ¿Curioso, no?

Es una postura egoísta, dirán algunos, una postura cómoda (¿cómoda?) la de inhibirse de los problemas del mundo de hoy y encerrarse en un Monasterio creándose un mundo aparte, un mundo distinto. Tal vez, si la vida monástica fuera solamente esto, podría ser tachada hasta cierto punto de egoísta; que no cómoda desde luego, ni mucho menos.

Pero conste que sólo hasta cierto punto, porque en nuestros días de liberalismo y «apertura» nadie, desde luego, tiene derecho a juzgarles porque sigan su vocación disponiendo de su propia libertad. ¿O acaso somos tan «liberales» que sólo entendemos el ejercicio de la libertad cuando viene dictada por presiones de grupo?

Pues bien, aunque sea un argumento de muy baja condición (tal vez a la altura que se merecen ciertos detractores de estas humildes almas) podemos concluir que si ciertas personas se encierran en una Clausura para realizar con libertad su vida religiosa es «porque les da la gana, faltaría más...».

Sin embargo, no es esto. Al menos no es éste el motivo principal. Pero para comprenderlo, el mundo debería volver otra vez la vista a su Creador y abandonarse a su Providencia, de la que jamás debiera haberse alejado. No siendo así, el mundo no podrá jamás comprender los verdaderos motivos de estas almas que renuncian a su libertad física para ser espiritualmente libres, con una libertad que no conoce límites: la libertad de los hijos de Dios.

El mundo está necesitado de estas almas contemplativas; está necesitado hasta tal extremo, que sin ellas tan vez debiera abandonar toda esperanza. ¿Exagerado? No, es que para verlo es necesario antes quitarse las gafas oscuras que nos hemos puesto, o que nos han puesto, que nos hacen ver como normales o naturales las mayores aberraciones; y, desde luego, creer en Dios y en su Providencia.

Podríamos poner ejemplos a montones, podríamos hablar del aborto y mil cosas más, pero voy a poner un sencillo ejemplo que a mí me impresionó enormemente hace unos días escuchando la radio. En una canción que se oía en aquel momento, capté la frase «Libérame del pudor», que era pronunciada por una cantante. Sí, una sociedad que admite y permite la destrucción del pudor no es ciertamente digna siquiera de ser considerada humana, esta sociedad apartada de Dios y abandonada de los hombres, necesita de la Oración de estas almas santas porque realmente no existe sobre la tierra otro remedio posible. Y si por un solo justo, que no fue hallado, prometió Dios no destruir Sodoma, ¿qué no va a hacer por estas almas que le consagran no sólo su pudor, sino también su virginidad, su libertad y hasta su talento? ¡Ah, si tuviéramos Fe!

Estas consideraciones han venido a mi mente visitando hace unos días el convento de Clarisas, en el que suelo oír Misa; y mientras observaba la gruesa reja que separa la Clausura de la «apertura» exterior, viendo la cerradura pensé: ¿Pero quién es realmente el que está cerrado, el mundo o estas humildes religiosas? Y no pude menos que sonreírme con esta respuesta que vino a mí como un rayo. ¡Pero si la llave la tienen ellas!

RAMÓN GELPI SABATER

